





90 F
C90

LA escena es en una gran Ciudad de España : los hechos son ciertos , aunque reunidos en una sola accion que principia á las nueve de la mañana y termina á media noche.

Jard

PERSONAS.

Don ~~Diego~~

Don Iñigo : Tio de
Filomena , y
Primitiva.

Don Teodoro : Coronel.

Don Carlos. } Capitanes.
Castillo..... }

Don Alvaro Alvarado : Prebendado.

Mr. Poulet : Frances.

Un Soldado.

Dos Mugeres que no hablan.

Don yusep
Ananda
Jeniera

43
NOTA PARA INTELIGENCIA DEL ACTOR.

¡ ? Admiracion interrogada.

¿ ! Interrogacion admirada.

= Suspension reflexiva.

— Cambio de tono y accion.

Letra bastardilla, son las prevenciones ó advertencias.

(Nota 1. hasta 6.) Las modificaciones con que se representó en Burgos, y que se hallarán al fin para no interrumpir las oraciones.

VIDA
DE SANTA
GENOVEVA,
PRINCESA DE BRABANTE,
TRADUCIDA EN ESPAÑOL
POR EL SEÑOR CERISIERS.



EN BURGOS:

En la Imprenta de Navas.
AÑO DE 1820.

VIDA

DE SANTA

GENOVEVA

PRINCESA DE BRABANTE

TRADUCIDA EN ESPAÑOL

POR EL SEÑOR CERVANTES



In Burgos

En la imprenta de Nolasco

Año de 1874



R. 226243

VIDA

DE SANTA GENOVEVA,

PRINCESA DE BRABANTE.

En una de las provincias de la Galicia Belgica, en otro siglo habitacion de los Tongres, y en el tiempo que la gloria del gran Clodoveo comenzaba à obscurecerse, y que los hijos de este bravo leon se convertian en animales menos generosos, nació una hija de la ilustrissima casa de los Duques de Brabante. Apenas esta niña descubrió los primeros rayos de la luz, quando sus Padres la alistaron con el agua del santo Bautismo en el catálogo de los ciudadanos del cielo con el nombre de Genoveva. No es mi intento el referir las perfecciones de esta princesa, y las gracias que poseia en su niñez, porque nadie puede ver el colmo de su perfeccion, ni tampoco ignorar los fundamentos de su piedad. Tomaron sus padres por costumbre de llamarla Angel: verdaderamente no se engañaban, pues en ella resplandecia la pureza, candidez è inocencia

Una cierta cosa la diferenciaba de los espíritus celestiales; es á saber, que ellos mueven á los hombres, encaminándolos al bien por veredas secretas é invisibles: y esta niña los guiaba con exemplo de fortaleza y dulzura. Los Angeles alhagan de tal suerte, que difícilmente puede alguno conservar su libertad; pero Genoveva tenia ciertas gracias alhagüñas con que atraia á si las mas asperas voluntades: el que atendia á contemplar su inclinacion, dirigida toda á devocion, con dificultad dexaria de seguir la virtud, y con facilidad abandonaria los vicios. Los juguetes de la niñez no eran bastantes para hacer obstáculo á sus pensamientos. No habia cosa que mas contribuyese á su devocion, que los diversos medios de entretenerla y aumentarla; el mas dulce recreo á que era inclinada, era la soledad y el retiro, para cuyo efecto halló un sitio en un jardin, tan hermoso y tan ameno, que parecia lo habian reservado procelosas aguas del general diluvio. En un rincón algo apartado de este jardin hizo una capillita, que si bien la naturaleza la habia muy á su propósito compuesto de mirtos y ramos frondosos, opuestos á los rayos del sol para mas asegurar su piadosa devocion, ella tambien la adornaba

con altaricos, y componia de flores, conchas y moho: en cuyo ejercicio pasaba la mayor parte del dia, sin que fueran bastantes los pasatiempos de otras doncellitas de su edad para divertir su dulce y devota inclinacion. Y queriendo la princesa, su madre, persuadirla, al tiempo que comenzaba á conocer las cosas del mundo, á que dexase aquellos ejercicios pueriles, respondia con una modestia increíble, que sus intentos le parecia lo mas perfecto de la humana vida; mas no obstante, que resignaba todo su ser y querer á su obediencia; pero que si le permitia elegir algun exercicio, la aseguraba no escogeria otro que el retiro y soledad, á imitacion de tantas y tan ilustres personas, que abandonando el mundo, se retiraron á los desiertos, juzgando que entre la inocencia de las fieras hallarian mas buena y segura acogida, que entre la malicia de los hombres: Es un lugar, decia, adonde muchos principes, reyes y emperadores buscaron las huellas de nuestro Salvador, y adonde su precursor conservò la inocencia de sus costumbres, y la virtud estuvo retirada, como centro seguro adonde se halla mayor asilo y seguridad, que por medio de los poblados. En fin, yo me

persuado, señora, que es el más perfecto lugar del reposo, adonde, si me lo permites, pudiera hallar todo mi recreo: mas no por eso intento exceder de los límites de vuestra voluntad; pero lo cierto es, que si dexais á mi disposicion la libertad de mis pensamientos, parèceme os causaria indignacion disimular mi entendimiento, contradiciendo al vuestro, que no dexaria de ser muy justo.

O Genoveva! Tú no sabes de donde procede esta tu inclinacion, y la causa que os incita á ella. Sabed que llegara tiempo en que seguireis vuestros designios á imitacion de aquella famosa penitente, á quien por excelencia la dió nombre Egipto; mas no la imitareis en lo deshonesto de su primera vida; entonces reconocereis los decretos de la providencia divina, que guia á los hombres por ciertas veredas (á nadie conocidas) para llegar al seguro puerto de las felicidades, al tiempo que juzgaban anegarse en el piélagos de las meserias. Dios tiene por costumbre de darnos, desde el dia en que nacemos, ciertas calidades de que proceden nuestras dichas y todo el orden de nuestra vida. Los niños de los Lacedemonios solian salir del vientre de sus ma-

dres con lanzas en las manos, y otros nacian trayendo consigo presagios de lo por venir, con evidentes señales de sus horòscopos. El grande Arzobispo de Milàn en su niñez fingia ser prelado, bendiciendo à los otros niños compañeros suyos, y ponièndoles la mano sobre la cabeza, indicando entoncès lo que fuè despues. Y asi, todos los que atendian á las acciones devotas de nuestra doncellita, no podian penetrar lo que iba disponiendo el Cielo, hasta que mucho tiempo despues se manifestó.

Dexando, pues, estas menudas devociones al que conozca el valor de ellas y recompense los mèritos, pasaremos á contemplar las nobles acciones de Genoveva, y á referir sus perfecciones, que me serà tan difícil como intentar detener el ràpido curso de un raudal caudaloso. Quanto à las del alma, bastarà decir que era la misma pureza: quanto à las del cuerpo, seria necesaria para exágerarlas otra pluma mas sutil que la mia. Solo diré, que la naturaleza se debiò de ensayar primero à dibujar muchas bellidades para pintar la suya, y perfeccionar con industria y arte una rara hermosura; y cierto tenia obligacion de formar para un alma hermosa un cuerpo que lo fuese; por-

que seria cosa indigna ver un diamante por medio de una inmundicia, ó á la magestad de un principe dentro de una choza; y en conclusion diré, que no necesitaba de artificio alguno para hacer de lo feo hermoso, ni para aplicar á sus megillas otro arrebol que el que le contribuia su vergonzosa modestia, ni otro albayalde que los albores de su inocencia: ni menos usaba de otros colores que los de su honesta vida: ni en su rostro se hallaba mácula que permitiese algun afeyte; porque las perfecciones de su hermosura no necesitaban de algo prestado; al contrario de otras, que faltándolas medios para ser queridas, acuden á encubrir las faltas que hizo la naturaleza, y á pesar de desfavores, se esfuerzan para ser mas queridas, buscando afeytes para la hermosura, que marchita y niega de noche lo que pareció de dia; asi como se ve en las flores, que no permanecen siempre en su lustre. Pasaba ya de los tres lustros de su edad Genoveva; mas no por eso ponía cuidado en ataviar su persona, ni tampoco la faltarian apasionados que idolatrarian su belleza, si hubiera querido poner en público lo que la modestia debe tener en secreto: asi como la perla, que no es tan pre-

ciosa fuera como dentro del nacar: en fin, no se mostraba sino como relámpago fuera de la nube, si la necesidad no la obligaba. Algunas doncellas se persuaden que jamas serán solicitadas si no se muestran á la vista de los hombres, haciendo ostentacion de su hermosura; pero esta falsa opinion (á las veces) las acorta la dicha, siendo poco estimadas por no ser recogidas; la libertad y desenvoltura en sus pasatiempos no dexan de serlas perjudiciales. Adoran al sol todos aquellos pueblos que no le ven mas que una vez en el año; quiero decir, que si las mugeres estuvieran recogidas, serian estimadas como cosas sagradas, y evitarian el ser reputadas por profanas. Este es todo el artificio de que usaba nuestra Genoveva para atraer á si las voluntades, que se aseguraban ser favorecidas. El conde Palatino Sigifredo no fué de los menos dichosos, pues llegó á poseer lo que otros muchos deseaban; e ra Sigifredo un poderoso Señor, que tenia sus estados en la comarca de la antiquisima ciudad de Trèveris; y de tanta calidad, que lo animaba á emparentar con una casa soberana; y llevado de lo que publicaba la fama en favor de la beldad y perfecciones de

Genoveva, resolvió de ponerse en camino para mejor creer y ver los efectos del común aplauso; á cuyo fin dispuso un acompañamiento tan lucido, como lo permitia el contentarse á los ojos de quien le poseia el corazon; y para satisfacer con mas puntualidad á sus deseos, quisiera tener alas; pero en fin, en las de sus cuidados llegó á la Corte de Brabante, y sin perder tiempo, fué á visitar á los padres de Genoveva, que le recibieron, agasajandolo con igual cariño, y estimacion debida á sus excelentes prendas y qualidades, que no eran mucho inferiores á las de la causadora de su amorosa pasion: permitieronle visitarla, que lo hizo con el decoro debido á un amor sano, y sin lisonja, ofreciéndola con palabras modestas y corteses todo lo que le pudo dictar el corazon, admirado de tantas perfecciones de hermosura, que sin duda le causaria algunas inquietudes, temiendo algun desden, como á las veces suele usar la beldad; mas no por eso dexaba de esperar un dichoso suceso para el fin que deseaba. Embarazado se hallaba nuestro Palatino con varios pensamientos, acudiendo solícito á ofrecer á las aras de amor todo el caudal que la elocuencia y honestidad le podian contri-

buir, con que parece que Genoveva mostraba agradecimiento; y al mismo paso Sigifredo se esforzaba á declarar (con recatos y muestras muy suficientes) sus buenos intentos, temiendo fuesen reputados por indiscretos. Continuaban estos dos amantes sus dulces y amorosos coloquios; y todas la veces que al buen Conde Sigifredo se le escapaba alguna palabra tocante á casamiento, el rosicler de la mucha honestidad vergonzosa de la hermosa Genoveva se manifestaba en el rostro, para mas aumentar su hermosura: pronunciaba Sigifredo con advertido tiento sus palabras, de temor que Genoveva hallase alguna desconcertada. Esta aprehension le obligò á declarar á sus padres la causa de su viage, y resolucion, con el siguiente razonamiento:

Si vos (señor) sois tan favorable á mis designios, como me prometo de vuestra suave condicion, me aseguro de llegar al colmo de mis dichas: bien sabeis (señor) y es asaz notorio, que nadie puede censurar sobre mi descendencia, ni que mis merecimientos hayan degenerado de la gloria de mis predecesores, hàllome con tantas ventajas, que otro que yo, haria ostentacion de ellas: Confieso, que mi nobleza no

es tan esclarecida como la vuestra; mas no por eso, si gustais emparentar con ella, os servirá de poca estimacion: ni menos la fortuna me ha sido tan adversa, que con mis propios medios no pueda conservar la dignidad de vuestra grandeza y casa; y quando me faltáran, yo me hiciera á mi mismo un manifesto agravio, zelando la aficion y cariño que tengo á vuestra hija, no solo por su grande beldad, pero tambien por sus raras prendas, que hacen fatal fuerza á mi alvedrio; que si la fortuna me hubiera hecho emperador, sin dificultad pondria á sus pies mil imperios, solo por poderla merecer: En vuestra disposicion, Señor, está toda mi dicha, mandando á Genoveva que acepte mi voluntad, que ni ella dexará de obedeceros, ni yo de ser admitido en su gracia.

Con alguna razon pudiera el principe condenar las arrogantes razones con que Sigifredo pedia á su hija; pero considerando quan bien le estaba el partido, le agradeciò el haber puesto los ojos en Genoveva, pudiéndolos emplear en otra parte; que tenia á grande estimacion su demanda: mas en quanto obligar á su hija á aceptarle por esposo, le parecia cosa injusta el no

dexarlo à su eleccion y libre voluntad : que la suya venia en ello , y prometia de hacer de su parte lo que pudiera para que se siguiesen los efectos. Encargò à la princesa su muger el disponer á la hija á la voluntad de todos, en quien hallò al principio grande repugnancia : mas no con tal obstinacion, que contradixese al querer de sus padres: solo sentia privarse de una cosa que jamás se podria cobrar , y pudièndose conservar para si sola , hubiera de tener otro parte en ella : cuyas consideraciones no bastaron para dexar de obedecer á sus padres; y al mismo instante comenzò la verguenza con lágrimas y sollozos á hacer sentimientos de su resolucion. Siempre las doncellas prudentes por la mayor parte se turban quando las tratan de casamiento, y mas quando consideran que han de acabar de ser ángeles para comenzar á ser mugeres; este es el reparo que hacia Genoveva, que la consideramos ya casada con un poderoso Palatino , en cuyas bodas no se omitió regocijo alguno, pasando en silencio el exágerar la solemnidad de tan ilustres príncipes, para que la juzgue el discreto. Todos tenian por muy acertado y dichoso este casamiento: mas no juzgaban que entre hermosas rosas

siempre se hallan picantes espinas; y que el saber humano penetra muy poco lo por venir. Dèmosle á nuestra recién casada dos años de delicias, comenzando su casamiento en un paraíso, y terminándolo en un desierto. Tratad, Genoveva, de gozar apriesa de vuestros placeres, ya que han de durar tan poco; pero ¿por qué razón queremos perturbar su reposo? No sería mejor considerar los males, que solicitarlos? Despues que nuestros desposados estuvieron algunos meses en la Corte de Brabante, resolvieron de partirse la vuelta de Tréveris, de donde con grande aplauso les salieron á recibir todos los deudos y amigos de Sigifredo; pero quien mas se señaló fuè San Hidulfo (entonces dignísimo Prelado de aquella célebre ciudad) viendo aumentado su rebaño de una tan cándida è inocente cordera, echándola mil bendiciones, y otras tantas al tiempo que partian à un castillo no muy distante de la ciudad.

Estaba situado este castillo casi à las márgenes del rio Mosela, que la naturaleza y el arte lo hacian muy deleytoso: cada una de sus torres, cubiertas de pizarras, parecía de lejos una esfera, y todo junto, encautado edificio de Romanos. Un parque

ameno le servia de adorno, en cuyos frondosos árboles se veia muy ufana la primavera, y las altas copas servian de otros tantos facistoles para tanta variedad de pajarillos, que con suaves acentos alternaban à coros dulce y sonora música. Los mismos elementos tenian à esta amenidad tanto respeto, que las primeras flores lograban de su fruto, y alli tenian refugio muy seguro los laureles, no por temer los rayos, antes por conservar sus verdes hojas: à los nevados cisnes no les faltaba albergue y compañía; y con tiernos abrazos las yedras acariciaban los olmos; las abejas se veían alli trabajar à porfia su dulzura, sin ver á nadie ociosa.

En este paraíso pasaba Sigifredo con su esposa uua dichosa vida; ninguna cosa perturbaba sus placeres, antes todas contribuían á aumentarlos. Los domésticos tambien gozaban de esta dicha, y los engaños de los caseros males solo servian para los inocentes pajarillos y los peces, que vida y libertad perdian con la liga y anzuelos; y en fin, en aquella familia no se permitia alguna travesura, ó desorden, que parece que estaba reservada de tempestades, como las altas cumbres del Olimpo; tanto puede

el buen exemplo y vida de los señores para imitacion de sus súbditos: no se podia desear mas de esta illustre y bien gobernada familia, que apenas vivieron dos años en quietud y reposo, quando la inconstante fortuna lo perturbó con bélico ruido de caxas y trompetas africanas, émulas de Europa.

Abderrame, rey y caudillo de los moros que pasaron á España (monarquia que poseia á su parecer eterna), no permitia su ambicion menos que hacerse señor de toda la Europa. La perfidia de algunos traidores, mas presto que su valor, lo habia puesto en posesion de todas las provincias ultramontanas del Occidente; pareciéndole que la Francia era un goloso bocado, sin embargo que temia encontrar con diferente gente que la de los godos, ni menos ignoraba qua hallaria de aquellos antiguos gallos, cuyos predecesores en número de treinta caballeros vencieron á dos mil sarracenos, obligándolos á retirar á Adrumète; y considerando que habia muchas naciones que domar, y muchos hombres que vencer, resolvió de juntar un poderoso ejército, que jamás el Occidente le vió tan formidable. Este diluvio de sarracenos se extendia

desde los Pirineos hasta la Turena, adonde esperaba el invencible Cárlos Martelo con doce mil de à caballo, y sesenta mil de à pie. La fama de una gloriosa batalla (que interesaba á todas las provincias del Septentrion) conduxo à Martelo una multitud de nobleza, guerreros que estimaban mas pelear guiados por tal caudillo, que ganar (por la conducta de otros) muchas victorias. El conde Palatino Sigifredo, esclarecido entre los principes de Alemania, avergonzándose de quedar durmiendo entre los dulces brazos de su esposa, lo despertò el honor para defender la causa pública, resolviéndose de ser de la jornada, á imitacion de otros principes circunvecinos que se aprestaban para ella; y si bien hallaba grande repugnancia en la resolucion de Genoveva, y mayor entre el amor y el honor, que lo atropellò todo à instancias de la sangre ilustre de su muger, y del heroico valor de Sigifredo, cuya reputacion contraia peligro, si la violencia del amor se obstinàra; y en fin fuè forzoso à estos dos amantes usar de su cordura, abandonando los gustos por conseguir las glorias.

Pasemos apriesa este enojoso lance de temor de anegarnos en las lágrimas que en

él se derramaron, y de que los sollozos atajen el aliento. Despues de haber dispuesto el conde todo lo necesario para el viage, y llegada la hora de partir, hizo juntar todos los de su familia, á quienes encargò el respeto y puntualidad con que habian de servir à su esposa; y tomando à Golo (que asi se llamaba su mayordomo) de la mano, le puso delante de ella, y la dixo: Amada y querida prenda, ya es tiempo de resolveros à dexar llantos y demostraciones; aqui os dexo à Golo: espero en su fidelidad cuidará de vuestro regalo y consuelo; y asi os pido le estimeis por lo mucho que yo le quiero. Oyendo estas razones la condesa, la faltò el aliento y cayò desmayada; acudieron todos á llamar à su ama, que haciendo brecha à su inocente pecho, parecia partir por ver partir su esposo. Volvió del parasismo; mas viéndose encargada al moyordomo, la repitiò el desmayo; reconociendo el conde que su muger mostraba semblante poco gustoso de verse encargada á Golo, alzò los ojos al Cielo, y con voz dolorosa dixo: A vos sola, Reyna de los àngeles y Madre de mi Redentor Jesucristo, dexo encomendada mi dulce esposa. Partid en buena hora, Sigi-

fredo, á donde os llama el honor, que el de Genoveva se conservará sin mácula, que basta entregarla á la que nació sin ella.

No es de poca admiracion ver quantas contradicciones tiene el corazon del hombre y qaan poco advertido es para ponetrar las malicias. No hay cosa mas ardua en este mundo que saber elegir amigos y criados, y adonde el hombre mas facilmente se engaña. Nuestro Palatino lo hizo en la opinion que tenia de Golo, que no era otro Josè, asi como Genoveva no era otra muger de Putifar, como despues lo demostraron las pèrfidas acciones del mayordomo.

Dexemos aparte las lágrimas y llantos, y acompañemos á nuestro guerrero á los reales del gran Cárlos Martelo, de quien fué con grandes agasajos recibido, y asi mismo haremos relacion de la memorable batalla en que se halló Sigifredo, mostrando su grande valor, al tiempo que (con muy esforzado y heroico ánimo) la princesa su muger batallaba en defensa de la candidez de su alma.

Y hemos referido como Cárlos Martelo esperaba á Abderrame cerca de Tours en un llano y hermoso campo, que parecia ofre-

cerle el seguro de sus victorias; y habiendo entendido que el enemigo tenia ya ordenada la batalla, ordenò la suya, teniendo por espaldas el rio Loyre, y por frente quatrocientos mil sarracenos; y para mas obligar à los suyos à pelear, dió òrden à los de la ciudad de abrir solamente al vencedor las puertas: ademàs de esto, puso à los costados de su ejército seiscientos caballeros esforzados, con orden de desjarretar al que intentase dexar su puesto, adonde habia de hallar el mas seguro asilo, y con un ardor increíble hizo à los suyos este razonamiento.

No ignoro, conmlitones mios, el ardiente deseo que os incita à pelear, que no me permite de haceros un largo discurso, ni menos serà necesario disponeros (con palabras) à la gloria de vuestros deseos, ni tampoco poneròs à la memoria las proezas de vuestros predecesores, que os han dexado exemplos de virtud, para que à su imitacion vosotros los dexeis à la posteridad; y quando nosotros no atendièsemos à nuestros intereses, à la desolacion de nuestras casas, al saqueo de nuestros pueblos, à la ruina de nuestras provincias, à los gemidos de nuestros hijos, à la honra de nuestras

mugeres, nos habia de mover el zelo de la Religion, y la verguenza de las ofensas cometidas contra nuestro Dios por estos barbaros, que vienen de tan remotas tierras á ofrecernos laureles y palmas; y á mi sentir jamás me persuadiré á que vosotros querais menospreciar á Dios, que hasta ahora habeis adorado, á la Religion que habeis conservado, á los santos que habeis honrado, á los templos que habeis edificado, y á esos altares que habeis fundado; ni menos dudo que os halleis prontos para trasplantar vuestra fè en medio de la Berberia, ni que permitais á la impièdad de esos moros conculcar con los pies (delante de vuestros ojos, y en el centro de vuestra patria) la mas preciosa cosa que poseemos; tengo por muy cierto que este mi discurso haya dado la vida á muchos pusilànimes, y adquirida la mayor parte de nuestra victoria, y asi, bravos conmitones, id, y pelead delante de san Martin, en cuya defensa tomais las armas, y acordaos que sois francos, cuya gloria no permite otros limites que los del universo.

Juzgando Carlos que con mas largo discurso entibiaria el ardiente valor que reconocia en los suyos, hizo seña, y como leones

se arrojaron á hacer presa en los sarracenos; y á un mismo tiempo Hudes con sus gascones embistió al carruage, que juzgando Carlos servia de grande confusion al enemigo, lo dispuso primero: y no se engañó, pues luego se oyeron llantos y gemidos de mugeres y niños, que causaron grande terror á los moros, de donde se siguió grande estrago y matanza.

Quedò cubierto el campo con trescientos y setenta y cinco mil sarracenos muertos con su caudillo, con pérdida solamente de mil y quinientos cristianos. Los pocos moros que escaparon de esta sangrienta batalla, se juntaron con otro rey moro, llamado Ancupa, que con grande astucia se retiró á Aviñon, y queriendo Carlos mostrarse grato al cielo por la conseguida victoria, hizo edificar una capilla, que la llamo de Bello, y asi como hallaron los soldados ricos y grandes despojos, fué tambien justo recompensar y honrar el valor de los caballeros, que mas se habian señalado en esta grande batalla.

Despues de haber conseguido tan gloriosa victoria, le presentaron á Martelo una grande cantidad de ginetes, que se hallaron por medio de los despojos. Son unos

animalejos negros, mosqueados de manchas roxas, y por trofeo de su victoria estableció una orden de caballeria, cuya divisa se componia de tres eslabones, que dividian otras tantas rosas (á imitacion de la que llevaban en el escudo del dios marte los antiguos galos): colgaba á la extremidad de esta cadena un ginete sembrado de flores de lis, que asentaba sobre un cespèd matizado de flores verdes, alegrando á la vista la variedad de esmaltes sobre el metal mas puro y rico. El número de los caballeros fuè diez y seis entre los quales fuè uno de los primeros sigifredo, por haberse señalado su valor en esta ocasion. Y como fuese necesario limpiar la Francia totalmente de esta infiel y bárbara gente, resolvió Martelo de ir á echar á Aucupa de Avignon, adonde (como está dicho) se habia retirado despues de la derrota. Nuestro Palatino, picado de gloria, quiso seguirlo; y juzgando que en esta expedicion tardaria algun tiempo, envió á Genoveva con un gentil-hombre suyo el collar y la divisa de la orden nuevamente establecida, con la carta siguiente.

Esposa y señora mia: el creer à mi paci-
ciencia, sin consultar primero mi
memoria, yo no me quejaría de haber vivido
despues que las consideraciones de la repu-
tacion se opusieron à la libertad de mis con-
tentos. Y à decir verdad, contando las di-
chas pasadas por presentes desdichas, no po-
dè acordarme del bien que he poseido sin
reputarme el mas desdichado de los hombres.
De qué manera pensais, señora, que se ha-
llara mi alma entre los peligros de la guer-
ra, con la aprehension que no he de gozar
mas vuestra dulce compañía? Si la seguri-
dad que tengo de vivir siempre en vuestra
memoria, y en lo mas oculto de vuestro co-
razon, no me animara, mucho tiempo habia
que el dolor se hubiera enseñoreado de todas
mis potencias, y à la razon faltándola so-
corro. Esta sola confianza me ha saneado la
vida, que contra ella ha mostrado la muer-
te horrible y cruel semblante, juzgando muy
seguro triunfar de ella; al temor que de si
mismo pudiera recelarse, la ha servido de
escudo diamantino vuestro casto pecho con
que la Berberia toda junta no ha osado de
ofenderme, mostrándose tambien la muerte
muy discreta, solo por no enojaros. Y asi,

querida prenda, vivid sin el cuidado que de ordinario agrava el corazon del que ama tiernamente. Lanfredo os hará relacion del dichoso suceso de nuestras armas, y la razon tan justa que me obliga à no veros tan presto. Y sobre todo os pido, hija querida, de enjugar vuestros ojos, y que vuestros suspiros no vengan à buscarme tan lejos, si no quereis que juzgue que no gustais de hacermc compañía en mis prosperidades, rehusando à que yo participe de vuestros contentos: para cuyo efecto os dedico, y envio ese presente, con el qual nuestro general me ha honrado, no teniendo persona de mas estimacion à quien pueda ofrecerlo, quedando muy seguro que os ha de ser muy grato, con que yo seré satisfecho, y tan ufano como si la fama públicase mis hechos esclarecidos, ò como si se erigiesen estatuas à mi heroico valor. Esta es la estimacion que deseo hagais de mi afectuoso cariño, y à Dios mi vida, y conservàdmela, pues es para mi la mas preciosa de este siglo.

Dexemos à nuestro Palatino seguir los reales victoriosos hacia la Provenza, y acompañemos à Lanfredo, que à largas jornadas y con brevedad, que siempre permiten las buenas nuevas, se puso en pre-

sencia de su señora. Hallábase la princesa Genoveva (para divertir sus tristezas, causadas por la ausencia del conde) en un jardín, cuya amenidad y hermosura quedaba ya exagerada arriba, quando la dieron nueva de que un gentil-hombre las traía de su marido; y llegando à la presencia de Genoveva, vestido de negro (no se sabe por què accidente) faltó poco para no caer desmayada. Cobró un poco de aliento, y reconociendo en el semblante señales de alegría, algo alentada le preguntó cómo estaba Sigifredo? Estas cartas, señora, respondió el gentil-hombre, lo dirán mejor que yo; y con una recatada reverencia las puso en sus manos; leyólas muchas veces, causando à su corazón grande consuelo; aguabalo el juzgar la tardanza del conde. Hizo à Lanfredo mil curiosas preguntas, à que respondió: que su señor se hallaba en Tours, y que partiria presto à Aviñon à sitiar los sarracenos que allí se habian retirado, y de allí à Narbona, contra un caudillo moro que tenía esta fuerte plaza. No causó à la condesa poca tristeza, agravándola asimismo el entender que otro rey sarraceno, llamado Amore, venia à socorrer à los de su nacion, con que Genoveva

perdía la esperanza de ver á su marido antes de un año; y así se resolvió de despachar otra vez al gentil-hombre con la respuesta, que era de este tenor.

A mado y querido señor, del grande consuelo que con vuestra carta he recibido, servirá de buen testigo el que me la entregò: mi amor y cariño deseaban vuestra vuelta, y la tardanza causa nuevos cuidados à mi dolor: no basta, señor, celarme el tiempo que pudie-
ra esperaros, sin darme à entender que antes de veros pasará un año entero, y que se-
rá despues de haber vencido una hidra, que cada dia vuelve à renacer? Y así temo, se-
ñor y amado esposo, que mis angustias durarán tanto como mi vida. No dexa de juz-
gar la pobre Genoveva, que la muerte ha re-
servado à su querido y amado Sigifredo entre tantos millares de hombres, de que
ha triunfado, porque la ceguedad la privò del conocimiento de tan preciosa y estimable
vida. De otra manera hubiera sin duda he-
cho en ella presa. Ya esta tormenta pasó, mas no dexa por eso mi corazón de agitarse
en un piélago de temores. Bien me strais vos, señor, no tenerlos de que yo quede viuda.
Considerad, amado Sigifredo, que la for-

tuna es inconstante, y muy sospechosa: qué sabeis vos si los vislumbres de estos honores, no sean fuegos à donde se precipitan ordinariamente los hombres? Harto mejor seria haber dexado sin premio vuestras proezas, que obligarlas de nuevo à aventuras nuevas. Yo no ignoro la justicia de vuestras armas, y que el cielo, si quiere defender su causa, està obligado à favorecerlas; mas à las veces permite caer en manos de nuestros enemigos, para ser por ellos vencidos: acaso por castigo de nuestros pecados, ò por prueba de nuestra paciencia: No es esta obstinacion contra la voluntad de Dios, que busca pruebas de nuestra obediencia, sino que la razon pide cuidar de vuestra persona, como de mi misma; y tened por cierto, que si vuestra ausencia fuese necesaria al servicio y honra de Dios, siempre yo resignaria mi voluntad à sus intereses mas presto que à los mios, siendo cosa injusta causar el menor perjuicio à su gloria; y al presente que en la Francia consiste el apoyo de tantas coronas, me resolvò à desear mas presto sus ventajas que las mias: que si yo con entia à mis milles, vos, señor, conoceis muy bien vuestros merecimientos, para que tenga en

poco vuestra amistad, y sin duda condenaríades mi opinion, si me faltara este conocimiento; y no me reputeis por tan necia, que no conozco que los arroyos que corren de sangre enemiga, no se mezclen con la vuestra: ni menos que con una gota seria posible redimir la muerte de todos esos bárbaros. Todas estas imaginaciones nos persuaden á que cuidareis de vuestra vida, sin aventurar tanto vuestro valor; pues puede suceder que con ella aventureis otras dos; que si buscáis todas las ocasiones de morir, cuidado por lo menos que el fruto que creo llevar conmigo, esté fuera del peligro que le amenaza la sepultura.

Comenzóse y acabóse de escribir con harto dolor esta carta, que recibió nuestro Palatino en el sitio que se tenia puesto á Aviñon; no dexó de enternecerse, y las últimas palabras de ella le llegaron al alma, entendiendo que su muger se hallaba preñada; y dexando las demostraciones que pudo hacer el conde, para que otro las contemple, pasare yo á referir la mas infeliz y alevosa accion, que jamás pudo intentar un criado.

El rey de Egipto no dió tanta autoridad á José, quanta, Sigifredo (antes de su

partida) dexó à su mayordomo, que tenia gran respeto, y estimaba à la virtud de Genoveva todo el tiempo que estuvo el conde presente. Dicese que el diamante interpuesto á la piedra iman y al hierro, estorva la accion; quiero con esto decir, que Golo hubiera guardado el decoro à Genoveva sin la ausencia de su marido, juzgando que à sus ojos los de su esposa no se emplearian en otra parte, ò quizás por temor del castigo. Y para decir la verdad, Genoveva era bastante hermosa para ser amada; pero para ser querida era muy honesta. Esta razon detuvo por algun tiempo los lascivos intentos de Golo, y en fin, no pudiéndose abrasar con mas discrecion que el árbol cesario, suspiraba, y entre sí se quejaba, sin osar declarar la enfermedad que le tenia inquieto, por parecerle incurable, perdiendo tiempo, y aventurando la fortuna si publicaba con su lengua lo que el corazon zelaba; y sin duda hubiera vencido á su pasion, si la presencia de la causadora de su inquietud lo hubiera estorvado: "*Apartate, mariposa, no te llegues à las llamas, si no quieres precipitarte y perderte.*"

Pusieron en esclavitud à nuestro mayor-

domo sus torpes deseos; y últimamente, se animò, y se resolviò à descubrir sus llamas contagiosas à la que se hallaba sana, è inocente de su fuego: entrò en la sala de su señora, cuya grande modestia perturbò su temeridad, temiendo una severa reprehension, y así quiso omitir para mejor oportuna ocasion su depravado intento, que poco despues lo declarò, manifestando sus deseos desordenados: fuè pues el caso, que la condesa tenia un pintor famoso, que trabajaba en las galerias del palacio, y entre otros retratos pintò el de Genoveva, que no era de los menos vistosos (claro està que habia de superar à todos, siendo el original mas bello): hizo llamar al mayordomo, y le preguntó, què juzgaba de aquella pintura? él, que no buscaba otros medios que los de declarar su pasion, se holgaba de haber encontrado con esta coyuntura; y reconociendo que los criados y doncellas estaban algo apartados, la respondiò: Verdaderamente, señora, que ha hallado en esta ocasion el pincel bastantes raices de su gloria, no habiendo beldad que se pueda comparar à la de esta imàgen: y por miyo juzgo que nadie que tenga vista dexarà de cautivar su corazon.

Hablando en estos términos, tenía enclavada la vista en Genoveva, dando con sus suspiros bastantes indicios de su lasciva pasión. La Señora lo percibió luego, pero de miedo de no parecer astuta, hizo la disimulada, dando à entender que no comprendía lo que no ignoraba. Esta gran modestia podía servir de incendio à una estatua de mármol, creyendo que su discurso era harto claro para no entenderse, y el recato de una señora muy grande para no ser afectado, y continuando tan mal su discurso, como lo habia comenzado, dixo: pero decid, señora, si vuestra simple pintura causa amor á los que os deben respeto, ¿no perdonareis à una persona que quisiera adorar un modelo? Sin duda que vuestra mucha beldad es muy perfecta para ser tan cruel é injusta, por querer ultrajar á una pasión que obedecen los dioses. Ese modo de hablar, respondió la condesa, es de idolatras, esas divinidades son ficiones, y una fábula todo ese amor. A lo menos no se puede negar, replicó el mayordomo, que todas esas falsas opiniones pueden ser contrarias á mis verdaderos afectos. De esa manera, dixo la condesa, vos debeis amar? Si señora, respondió Golo, y á la mas

preciosa cosa de todo el mundo. Verdaderamente, respondió la condesa, que si vuestra inclinacion se encaminára á quien lo pudiera obligar, y persuadir á vuestro querer, empleára para el cumplimiento de vuestro deseo toda mi autoridad: *O Genova! mirad que vuestra llaneza y bondad es menos grave de lo habia de ser, y os podrá causar grande perjuicio.*

Este discurso remontó á Golo sobre las estrellas, juzgando consentir la discreta disimulacion de su señora. Entonces fue quando mas á descubierto pronunciaron sus suspiros insolentes discursos. Yo muero, dixo Golo, mi señora, por vos; vuestras caricias han vencido la constancia que se oponia á mi felicidad, pues reconozco por vuestras razones favoreceis mis intentos; me cuento por el mas dichoso hombre del mundo. El grande enojo que le sobrevino á la condesa oyendo esto, la ofuscó todos los sentidos, y la privó del uso de hablar; mas despues de vuelta en sí, encendida en ira dixo: Pues cómo, atrevido criado, es esa la fidelidad que habeis prometido á vuestro amo, y señor? Y que vuestra desvergüenza haya osado poner vuestros lascivos ojos en persona que tanto aborrece ese de-

lito, quanto si no os arrepentis, desea castigarlo? No bastaba á advertiros de vuestra temeridad la disimulacion con que yo os escuchaba? Y así, guardaos otra vez de tener tales discursos, si deseais tanto vuestro bien, quanto ofendeis á vuestra obligacion. Y tened por cierto, que yo hallarè medio para haceros desistir de vuestro desatino. El grande enojo no la permitió á la condesa pronunciar mas palabra.

Dexo considerar sobre este suceso como quedaria el mayordomo, que viendo que los criados habian hecho reparo en el desasosiego de la condesa, resolvió de omitir su pretension para mejor oportunidad; y por evitar las sospechas que pudieran concebir los que se hallaban algo apartados, hizo el disimulado, y con disfrazadas palabras habló á la princesa de esta manera: Si hay alguna falta, señora, en eso que me reprehendeis, espero merecerà perdon, pues no se ha cometido voluntariamente, y déte á la persona que se halla ofendida tal satisfaccion, que con facilidad pierda el enojo. Los que oyeron estas palabras (que no pudieron oir las de la señora) imaginaron, que como Golo era hombre bruto y colérico, habia ofendido á alguna

de casa, y prometia satisfacer à sus quejas. Así pasó este reencuentro, que viendo que su empresa no habia tenido efecto, se le aumentò su pasion, y pensò de conseguirla con todas las dificultades que se le antepo-
~~nian~~ nian, á cuyo fin intentò una de las mas perniciosas calumnias que pudieron caer en hombre humano. Servia en casa un cocinero, á quien por su buena vida y virtudes tenia aficion la condesa. En este cimiento intentò Golo fundar todos los artificios de su malicia para apagar el fuego que le inquietaba. Reconociendo, por lo mucho que la condesa estimaba al cocinero, que todos los otros criados le querian mal, se resolvió à requerirla de nuevo, en caso de rehusq, poner la castidad de Genoveva en sospecha à quien no la pudiera dudar. Su preñado, y la embidia que los otros criados tenian al cocinero, sirviò de pretexto á su depravada malicia para mas colorear su calumnia. Una tarde, y lo apacible del tiempo convidò á la condesa á tomar el fresco en el jardin, y como se pasease en una de sus galerias, algo apartada de sus damas, quiso Golo gozar de esta ocasion; y fingiendo tener algun negocio que comunicarla, se llegó á ella; y despues de haber

C.

usados de muchos preámbulos, todos dirigidos para tentar el vado, y servirse de ellos como espías en la guerra, combate que aprestaba contra la castidad de su Señora, relatando infinidad de finezas, y alegando las mas perversas razones que le pudo dictar su asquerosa pasion, dixo: Estos discursos, Señora, no son para obligaros á amarme contra vuestra voluntad, solo para que oigais mi última peticion, amenazando este yerro á mi vida, ya que vuestro rigor no permite á mi constancia otorgar lo que merece mi amor; y asi tendré á mayor dicha morir de una vez, que morir agonizando. Pronunciando estas palabras se fue á poner un puñal en las manos. Esta insolente arenga privò á su Señora de todos los sentidos, que volviendo en si, le habló en estos términos:

Verdaderamente, Golo, que yo me persuadia que diciendo que vuestro intento era tan atrevido, como insolente, y disimulando vuestra presuncion, os hubierades corrido; pera ahora, reconociendo que mi sobrada bõnda os sirve de poca enmienda, os aseguro que si no desistir de vuestro proceder, que yo advertiré á mi marido que castigue vuestra insolencia.

Mirad, ò Genoveva, que si vuestro marido dà crédito à las astucias de Golo, os puede por esa palabra costar la vida: mas seguro os hubiera sido antes de pronunciarla, haberla executado: bien se echa de ver que vuestra sinceridad tiene mas de cándida que de cautelosa.

Amigo lector ya es llegado el tiempo en que vereis padecer la inocencia, y tomareis exemplo para tolerar con paciencia y cordura las adversidades. La tragedia que voy á recitar servirá de bastante motivo. Nuestro mayordomo, picado de haber sido rechazado, se retiró lleno de furor y saña. A este torbellino siguiò una tormenta deshecha. Pocos dias despues hizo Golo llamar à dos ó tres de los criados que le parecia aborrecian al cocinero, y con lágrimas y lamentos de cocodrillo les dixo:

Amigos, yo no sabré exagerar el dolor que me obliga á descubrir os una maldad, la qual hubiera yo ocultado, si hallara esperanza de algun remedio; y verdaderamente, si el delito de nuestra ama no llegase á ser escándalo público, y no se arriesgase la gloria de nuestro amo, yo lo encubriria de buena gana, por no publicar su desho-

nor: y me avergüenzo de manifestar mis pensamientos, no hallando medios para ocultaros cosa que es tan notoria. Solo pueden los que no han advertido en los alhagos que hace Genoveva à ese criado, ignorar su malicia. Los que no han oido sus discursos, pueden dudar de su maldad, y los que no han reparado en sus disolutas acciones, las podrán reputar por inocentes. Lo afectado de sus palabras, lo libidinoso de sus ojeadas, la desenvoltura de sus meneos, y el preñado, son voces que publican nuestra desgracia. Y así me parece, ya que nuestro Amo dexò á cargo de mi fidelidad el cuidado de su muger, y segun esta obligacion atender á sus acciones, que me holgára fueran ocultas, para disimularlas, y no sospecharlas; y así me parece, amigos, que es imposible que nuestra ama haya puesto los ojos en hombre tan vil, sin haber sido hechizada. Y resolviéndome á tomar vuestro consejo, por ver si se puede hallar modo para ocultar la infamia de esta casa, por el mejor medio que sea posible. Hallando por mas conveniente poner en un calabozo á ese miserable cocinero hasta la vuelta de nuestro amo; y á la Condesa, por evitar que no se escape es-

tando libre, detenerla en su aposento, tratandola con la mayor dulzura que pudiera esperar un delincuente; y entretanto dar aviso à nuestro amo, para que con la mayor brevedad ponga el remedio que hallare conveniente.

Toda esta afectada arenga no fuè para persuadir à los que se aseguraban de la inocencia de la condesa, solo para dar algun aparente color à una manifiesta injusticia. Esta, pues, fuè la resolucion que se tomó contra estos dos inocentes. Una mañana, estando Genoveva en su lecho, hizo llamar Golo al cocinero, y con palabras injuriosas le diò á entender que en los manjares de la Señora habia puesto algun amoroso veneno con que la habia seducido á gozar de su persona. Al pobre Drogan, que así se llamaba el cocinero, no le bastò jurar y protextar al cielo y à la tierra el estar inocente, y que su señora era la misma honestidad; mas como el Juez estaba contaminado de su malicia, lo hizo poner luego en un calabozo, y á un mismo tiempo entrò en el aposento de Genoveva, y la recitó todo lo que venia de hacer. La virtuosa señora tuvo en esta ocasion necesidad del auxilio divino, pues la faltaba el

de los hombres, que todos seguian la opinion de Golo. Levàronla á una torre, que servia de cárcel, de donde podia oir los lastimosos lamientos de Drogan, sin poder remediarlos; y en fin para explicar las congojas de Genoveva, seria necesario hallarse con la afliccion que ella estaba, dexando yo de expresarlas para mejor meditarlas: Solo diré que pudieran acelerar la vida de una muger preñada de ocho meses, si el cielo no la fuera favorable, en quien esperaba el consuelo de ver castigada esta maldad. Algunas veces se esforzaba á echar sus suspiros fuera de la prision, quejándose amorosamente en esta manera:

Pues cómo, mi Dios, permitis que yo padezca tantos males, conociendo mi inocencia? En qué, Señor, os he ofendido? Parèceme, que por el zelo que he tenido á vuestro servicio, merecia mejor recompensa, y menos rigor. Como, Señor, no habeis hallado mas suave castigo, y menos afrentoso? No bastaba para prueba de mi paciencia, castigarme con la pérdida de mi hacienda? No pudiera una enfermedad suplir á mis ofensas, y para tentar mi fidelidad la muerte de mis padres, ó la mia? Todas estas pérdidas estimaria en poco, si con ellas vuestra

severidad se hubiera contentado, y os quedára muy obligada, reputándolas por regalos en comparacion de los males que padezco. Y todas quantas pudieran haber hecho, estimaria en poco; mas padecer cosa que no se puede cobrar sino milagrosamente, me es muy sensible; y á lo menos, mi Dios, si ésta gracia que os pido no me quereis otorgar (necesitando tanto de ella) no permitais, Señor, que el fruto que llevo conmigo sea oprimido, y haced la gracia que pueda ver la luz del dia, y la divina vuestra, aunque padezca yo en las tinieblas de una obscura prision; que á mi sola me den los golpes, y que èl no sea herido; que yo sea calumniada, y èl exénte de la afrenta; que me quiten la vida, y èl quede con ella, esperando en vuestra misericordia, que algun dia hareis notorio como la madre ha sido desdichada, pero no culpada; perseguida, pero sin razon calumniada, y sin delito condenada injustamente, que con esto quedarian mis cenizas satisfechas de mis enemigos, y mi corazon consolado. Espero, Señor, me concedereis lo que os pido para alivio de mi mal, y tendré por bien de anegarme en mis làgrimas, por no haber permitido abrasarme en un

fuego ilícito de vos tanto aborrecido.

De esta manera se quejaba y suspiraba la inocente condesa noche y día, sin esperar mas alivio que el del cielo, pues del de los hombres estaba tan agena Solo. Golo era dragon, que guardaba el precioso tesoro en que tenia depositado su corazon deprabado. Solia ir á ver á Genoveva, que recibia sus insolentes visitas con mayor tormento del que le hacia padecer; y si antes hallaba repugnancia en sus designios, despues hallaba mayores dificultades; y últimamente la condesa mudó sus disimulos en justas indignaciones. Si Golo trataba de acariciarla, ella le trataba con injurias; si la hacia promesas, ella las menospreciaba: si procuraba alhagarla, ella se huia; si llegaba á tocarla, ella daba voces; y desesperado la dixo: Que estrañaba el negarle lo que habia conseguido un sucio cocinero, y que con qué verguenza habia de encubrirlo. Oyendo la condesa estas razones, no se podia contener, y respondiendole (con la coléra que la incitaban sus insolencias, decia: Traydor, pérfido, no basta el haberme reducido á estado tan miserable, sino deshontarme y hacerme adultera? Hasta ahora yo te he reputado por maligno, mas

ya te reputo por el mas cruel y tirano de los hombres; acaba ya, pèrfido, con tus crueldades; la castidad ha padecido muchas veces martirio, y estoy resuelta de padecerlo antes de permitir que logres tus intentos.

Este desdichado, juzgando que la virtud de esta santa princesa (para cometer ofensas) era grande, intentò con gran socolor de casamiento encubrir su maldad, echando fama, que queriendo el Palatino volverse, se habia embarcado, y sobreviniendo una tormenta, se habia anegado; y para que Genoveva, se certificase del suceso fingiò unas cartas, en que se hacia mencion, y con grande astucia hizo llegasen á sus manos, con seguridad que certificándose de la muerte de su marido, la reduciria á su voluntad; pero la Reyna de los ángeles inspiró esta maldad á Genoveva, que animada contra el mayordomo, tratándola de casamiento, lo despidió, poniendo las manos en su descarada cara. Con que viendo su empresa frustrada, acudiò á la que le habia servido de ama. (Era digna de aqualquiera castigo por haberle solamente dado la leche.) De esta muger se sirvió Golo para llevar lo necesario á la princesa en su pri-

sion (habiendola primero instruido, para que con persuasiones la redujera á su querer), juzgando engañar á una muger por los mismos medios que el demonio engañó al hombre; pero él mismo fué el engañado. hallándola como escollo combatido de procelosas olas, que porfian á trabajar en vano. En fin, ni amenazas, ni caricias, ni alhagos, ni crueldad, ni violencia, ni astucias, fueron bastantes para expungar una alma tan munida de virtudes. Llegóse el término del parto, á donde concurrieron (en lugar de auxilio) infinitos dolores, que mezclados con llantos, pudieran enternecer las mismas fieras; y quién podrá sin acompañarlos con mil lágrimas referir este lance, considerando que una tal princesa, muger de un poderoso Palatino, criada entre tantas delicias y regalos, habia de parir sin partera, y agena de todo humano socorro? Pero en fin (asistida del divino) parió un niño, á quien tomándolo entre los brazos, le hablaba tiernamente, como si el hijo fuera capaz de sentir los males de la madre.

O pobre criatura (decia) quantos dolores me ha causado tu inocencia, y quantas adversidades te harán padecer mis mis-

rias! Esta Santa Princesa, temiendo que la estrechez y necesidad en que se hallaba, privasen al niño de la vida, y juntamente de la divina gracia, resolvió bautizarlo, imponiéndole el nombre de Tristán pues habia nacido entre tantas tristezas, para lo qual no le faltaba el agua, que à falta de ella bien pudieran suplir dos jordanes que formaban sus ojos, y el triste corazon pronunciar las palabras por cumplir con la forma, sirviendo de Padrinos los Angeles; pues el ministro fuè criado de Dios, un poco menor que ellos; envolviòle entre unas pobres servilletas (que acaso olvidaron en la prision por descuido), así como la necesidad, y el tiempo permitieron.

La ama dió aviso á Golo como ya tenia en la torre dos presos, y que la Princesa se hallaba muy afligida, adonde hallò la piedad entrada, no habiéndola hallado hasta entonces, que hizo brecha en su alma con alguna compasion, ordenando se le aumentase el pan, ya que se aumentaba la familia; y por mì creo fuè mas por entretener su pasion y conservar la vida de Genoveva, para mas hacerla padecer.

A la mas gallarda y robusta complexion pudieran abatir tantas miserias, mas el

Cielo usó con Genoveva de raras maravillas; pues pasados los dolores del parto, y los de sus adversidades, apareció muy lucida y hermosa, á imitacion de la flor, pues quanto mas ajada, queda con lustre mas hermoso. El mayordomo entrò en el obscuro calabozo, y hallando en el nuevos resplandores, quedò absorto de ver tanta hermosura; y tentando de nuevo la fortuna, halló la virtud de Genoveva tan constante, y resuelta mas presto á morir padeciendo infinitos trabajos, que comprar á precio de su honor muchas delicias; y Golo, viéndose frustrado de su asqueroso intento, resolvió de poner en último riesgo su fortuna.

Todo lo que pasaba en su casa ignoraba Sigifredo; y el mayordomo se quiso prevenir, dándole parte (ocultando la verdad) de todo lo que pudo representar su aleve idea. Habian ya pasado dos meses del parto de Genoveva, quando instruyendo á uno de los criados, el mas confidente suyo (coloreando su maldad), lo envió al Palatino con una carta que contenia estas breves razones.

Señor, si la aprehension no me obligara à publicar una infamia que deberia ocultar, yo confiaria à este papel un grande secreto. Solo dirè que à todos los de vuestra familia, y particularmente al portador, le es asaz notorio las diligencias que he hecho, y los artificios que han engañado mi prudencia, no necesitando de testigos para que en mi fidelidad no haya sospecha, y para que mi zelo esté estimado; y así, señor, podreis dar crédito à todo lo que el portador os dirá, con quien me avisareis con brevedad lo que tengo de hacer.

Ya queda dicho como Sigifredo se hallaba en el sitio de Aviñon al tiempo que recibió de su muger las primiras nuevas; y despues de haberla expugnado, fuè Carlos Martelo à Narbona, à donde se habia encerrado Authime, reduciéndola asimismo. El valor y prudencia de este gran capitan se señalaron en su sangrienta batalla de Tours, y en la presa de estas dos ciudades; pero adonde con mayor esplendor se mostraron, fuè en la derrota de Amore, rey sarraceno, que viniendo à socorrer à los de su nacion, cayó en manos de Martelo, y con toda su gente murió, sin esca-

par alguno. Esta última batalla coronó á Martelo de mayor gloria que la primera; pero le costó mas cara, porque ademas de muchos muertos, quedaron muchos de su nobleza heridos, entre los quales fué uno de ellos Sigifredo, obligandole la herida á estar mucho tiempo en una villa del Langüedoc, adonde recibió las nuevas que la perfidia de Golo habia intentado. La transformacion de *Anteon* no causó á nuestro Palatino tanto asombro como las nuevass de este correo; premeditando crueles venganzas, mudándose su admiracion en cólera, y á esta seguia un rabioso furor, y decia: O infeliz y perversa muger, que tan afrentosamente has ultrajado la gloria que entre tantos trabajos y peligros he procurado adquirir! y sirviendote de cautelas para encubrir tu maldad, has ofendido con tan torpes acciones la piedad! y en fin, no has hecho caso de mi honor; pero yo tampoco reservarè ni una tan sola gota de sangre, ni menos de la del hijo, que has dado al mundo solo para servir de verdugo á tu delito. Mas mudando otra vez de discurso, y considerando la honestidad y modestia de su muger, decia: No, no es posible que Genoveva me haya hecho esta

traicion, porque siempre he reconocido sus acciones llenas de virtud, y á su amor tan sincero como perfecto: y volviéndose al mensagero, le preguntò: Amigo, decidme, què tiempo habrá que pariò aquella disoluta muger? Señor (respondiò el criado) habrá cerca de un mes. Aqui fuè adonde la malicia de Golo habia trabajado, porque por poner á la Condesa en una evidente sospecha contra su castidad, señalò el tiempo de diez meses despues de la partida de su Señor. Todo pudiera haber sucedido, y quedar Genoveva inocente; porque la filosofia y experiencia nos enseñan que las mugeres pueden llevar su fruto diez, y once meses; y se halla que algunas lo han llevado hasta el dècimo quinto, y dècimo sexto. Y como esto es fuera de lo ordinario se persuadiò Sigifredo que habia sido contra la honestidad y decoro, no obstante que las grandes virtudes de Genoveva pudieran estorvar estas ^asospechas, no por eso su grande hermosura dexa de excitarlas, y cierto es de admirad, que á las veces la prudencia se defrauda á sí misma. Ultimamente, todo lo que el Palatino pudo concebir por pruebas de la inocencia de su muger, fuè las conjeturas que hizo de

su confusion, diciendo que su honestidad era muy afectada, su prudencia artificiosa, su devocion fingida, y sus virtudes que eran disfrazados vicios: y asi no es de maravilliar, si èl mismo consintió à su propia desdicha.

Despues que Sigifredo hubo premeditado el castigo que merecia un delito (que èl mismo habia cometido, solo por la facilidad que tuvo en creerlo) despachó al criado con orden de tener à su muger en una prision muy estrecha, sin permitir llegase alguna persona à ella; y que tocante al co-
 cinero, buscasse el mas atroz castigo, asi como su abominable crimen merecia. El mayordomo recibió con alegria este mandato, y por executarlo (à su parecer con mas recato), le hizo preparar un bocado con que muy apriesa le privò de probar otros. Esta es la primera escena de nuestra sangrienta tragedia. No por esto Golo quedó satisfecho con la sangre de esta inocente víctima, porque pasando à mayor crueldad con las horribles y continuas visiones de Drogan, que no se le apartaban de la vista, y temiendo que Sigifredo descubriese su maldad, y la inocencia de Genoveva, juzgò ser ya tiempo de buscar me-

dios para el fin de su total ruina.

En este tiempo tuvo aviso de que el conde estaba de vuelta en camino, y fuè á encontrarlo hàcia Argentina. Cerca de esta opulenta ciudad tenia su habitacion una vieja, hermana de la ama que habia dado la leche á Golo, y una de las mas famosas hechiceras que vieron aquellos siglos. Encaminòse à ella para consultarla su infernal designio, y significarla el aprieto en que se hallaba. Untòla las manos con que la obligò á prometer de hacer ver à Sigifredo (con sus ojos) cosas que jamàs habian sucedido. Con esta promesa fuè à encontrar à su amo, que le recibió con muestras de cariño; y retirado á solas, le preguntò del estado deplorable de su casa. Aquí fuè adonde sus fingidas lágrimas y sollozos le pudieron haber hecho còmplice de su traicion. No pudiendo (sin mil suspiros) pronunciar palabra; y ùltimamente, despues de un largo discurso, mezclado de congojas, le hizo relacion fingida de lo que habia pasado, y que por evitar escàndalo, habia (con todo recato, y secreto) hecho morir al concinero Drogán. Alabò mucho Sigifredo su cordura, y curioso de saber todas las circunstancias, preguntaba cada

una en particular, y temiendo Golo ser sorprendido, le dixo: Tengo por cierto, Señor, que no dudareis de la fidelidad con que hasta ahora os he servido; pero si por otra via os quereis satisfacer, y enterar de todo el caso, aquí cerca vive una muger muy sábia, que os mostrará muy evidentemente como ha pasado. Esta promesa movió á Sigifredo á una curiosidad, que despues le causò muchos pesares. Pidiò lo conduxesen á donde estaba, y con todo secreto se fueron solos á la casa de la encantadora. El Palatino la puso cantidad de dinero en las manos para que le hiciera ver todo lo que en su ausencia habia pasado, en su familia. Esta astuta hechicera, para acer que con mayor fervor creciese la curiosidad de Sigifredo para saber lo que deseaba, fingiendo (con muchas razones) dificultades grandes para complacerle en cosas que le pudieran causar mayor inconveniente en saberlas, que utilidad en ocultarlas. Y alegaba, que una desdicha no se siente tanto quando es dudosa como quando es manifiesta: todo esto decia la maliciosa maga, para dar mayor ocasion á Sigifredo de engañarse, con hacerle mas desear: en fin, hizose persuadir: y viéndole ya resuelto,

los tomó de la mano, y juntos los conduxo á un lugar soterraneo, adonde hallaron dos velas de sebo verde encendidas, que parecia oficina del mismo infierno, hizo en el suelo con una barilla dos circulos, en los quales hizo poner á entrambos: en un barreño lleno de agua puso un espejo, pronunciando sobre èl ciertas palabras, cuyo horror hacia herizar los cabellos; y despues de esto diò reculando tres vueltas al rededor, soplando otras tantas sobre el barreño; y aquietada el agua, hizo al Conde se llegase, è inclinase tres veces, poniendo la vista en el espejo: la primera vió á su muger que con semblante risueño y amoroso hablaba al cocinero; la segunda vió como le componia con sus manos el cabello; pero la tercera vió cosas tan vergonzosas, que violan los castos términos.

Dexo ahora considerar el furor que á Sigifredo causaria este infernal calabozo, incitándolo su dolor á crueles venganzas.

No hay cosa mejor para aplacar el furor de un elefante, que ponerle en su presencia una oveja; y así Golo, temiendo que su Señor se amansase con la de su muger, tratò de quitársela delante de los ojos, aconsejándole que con el mayor recato se deshiciese

de ella, sin llegar à términos que su justa cólera castigase el delito; y entre tanto que daba la òrden á alguno para la execucion, á pequeñas jornadas podia volver à casa. Alabó mucho el consejo, y como Sigifredo habia siempre tenido por segura la fidelidad de Golo, que con maña infernal hacia creer al conde un leal celo, è ignorando ser el principal personage de esta aleve y miserable tragedia, le encargó la execucion, y (aunque fingidamente) mostró de ello Golo poco gusto.

Luego que llegó à casa lo revelò á su ama con òrden de tenerlo secreto; pero la Providencia Divina no permitiò que fuese mas recatada que las otras mugeres, que no saben à las veces cosa de lo que encubren ni menos callan, sino aquello que ignoran; porque apenas oyó el secreto, quando ella lo descubriò á su hija, que para serlo de tan perversa madre, no dexaba de tener algunas propiedades dignas de alabanza, y sobre todo, el compadecerse de las miserias de Genoveva, que reparando en que la muchacha lloraba, preguntó la causa de sus lagrimas. O Señora! (respondió) ya vuestra muerte está cierta, y cercana, por quanto el mayordomo ha recibido òrden

de mi señor para haceros morir. Entonces respondió la condesa: Niña no te aflijas, que harta ocasion tenemos entrambas de alegrarnos, porque muchas veces he pedido este favor al cielo; pero dime, sabes por ventura qué hará de mi pobre niño? Señora (respondió la muchacha) tambien dicen que ha de morir con vos. Genoveva quedó pasmada oyendo estas funestas palabras, y la primera que la permitió pronunciar el dolor, fuè:

Pues cómo, Dios mio, permitireis que esta criatura, que no sabe pecar, sea castigada, solo por ser desdichada? Pronunciando estas quejas, y apretándole entre sus brazos, bañadas sus tiernas mexillas con copiosas lágrimas, y volviéndose à la muchacha, la dixo: No sé si podrè suplicarte la mas desdichada de todas las mugeres la quieras hacer un favor, que podrás sin algun riesgo, ò peligro, y es que tomando estas llaves, entres en mi camarín, y despues de escoger para tí las joyas que quisieres, me traigas tinta y papel. Hazme esta merced por la última que te pido. La muchacha lo hizo así, y despues de haber escrito Genoveva un papel, la pidió le volviese, y lo mezclase entre los otros del conde.

Apenas el siguiente dia comenzó su crepúsculo, quando el perverso Golo encargò á dos de los mas confidentes criados, que con todo secreto llevasen á Genoveva y al niño al vecino bosque, y que despues de haberlos privado de las vidas, echasen sus cuerpos hechos quartos en medio del rio Mosela; y que por mayor prueba de esta cruel execucion, habian de traer la lengua de esa maldita muger (ese titulo ó nombre daba á nuestra santa Princesa); y no pudiendo reusar el iniquo mandato de un barbaro que tenia la autoridad de hacerse obedecer, al punto fueron á la prision, y desnudando á la triste Señora de sus ricas vesiduras, la cubrieron de unos viejos andrajos, y en este misero estado la llevaban al suplicio. Parèceme, discreto lector, que querràs preguntar si la providencia divina atiende á las acciones de los hombres; á que te debo responder diciendo, que el Cielo no tiene tantas estrellas, como ojos abiertos, para descubrir nuestros designios, y quando nos parece que duerme muy descuidado en medio de nuestras tribulaciones, entonces es quando mas vela, mostrando evidentes vislumbres de su amor para salvarnos. Volvamos á nuestra pobre Genoveva, que

llevando su niño, como otra Agar, entre los brazos, iba marchando entre dos verdugos.

Para referir este espectáculo tan digno de compasion, seria necesaria la elocuencia de todos los oradores; solo diré, que su grande dolor no la habia permitido hasta entónces de hablar palabra; y volviendo la vista hácia el castillo, pronunciò estas:

A Dios triste castillo, que bien muestras ser uno de los Romanos, pues encantas à los hombres, y reduces à fomentar la maldad, y à perseguir la inocencia. Y vosotros, torreones, con vuestros capiteles, que pareceis (confusamente) esferas desde lejos, sedme buenos testigos, y asegurad à mi esposo, quando llegue, que por guardarle fé, voy à perder la vida. Y vos, hermoso parque, adornado de fuentes y arboledas, permitid à las aves, que habitan esas ramas, que anuncien à Sigifredo con melodia ronca y triste, que muere Genoveva desdichada, pero honrada. A Dios, càndidos cisnes, cantad mis exèquias, pues que muero por conservar la candidex de mi alma. A Dios, frondosos olmos, que acariciados de las verdes yedras, y agradecidos, extendéis los brazos:

advertid á mi esposo, que solo la malicia, y la calumnia me aparta de los suyos. A Dios, dulces abejas, juradas enemigas de los que intentan violar la castidad: Muestre, pues, vuestro susurro airado al Conde, que Genoveva muere por conservar la suya; y en fin protexo á todas quantas cosas se encierran en esa redondez privadas de alma, que acusen á la mia, si ha faltado á la fe, y que á voces publiquen mi virtud, si me hallan inocente: Y á Dios quedad para siempre.

Corrian parejas con los llantos (bañando sus mexillas) tiernas lágrimas, no por perder la vida, sino por no hallar medio para dexar de ser llorada; y para evitar el sentimiento de golpe tan fatal, habia de preceder una virtud divina, porque la pérdida de la vida es menos estimada que la del honor, que siendo parte principal del alma queda siempre inmortal.

Llegadas las dos victimas á un parage que aquel bosque encerraba, propio para el sacrificio, adornado de mirtos y cipreses, y otros fúnebres árboles; cadalso, en fin, injusto y cruel, como los jueces, en donde uno de los verdugos dixo á la Condesa: Este lugar, Señora, es el que mi Señor

ha destinado para daros la muerte y si es delito obedecer al amo, perdon pedimos; y alzando la cuchilla quiso en el tierno infante executar el golpe; acudió la condesa al mismo tiempo á detener el brazo, pidiendo con mucho anhelo la matasen primero, por no morir dos veces, viendo morir al niño; y volviendo los ojos hacia el Cielo, decia con lamentables sollozos: Pues cómo, mi Dios, os olvidais que Vos mismo habeis impuesto la ley de que en los sacrificios antiguos no se habian de degollar el Cordero y la Madre en un dia, por parecer crueldad? Y ahora, Señor, me privais de esta ley, sin reservar á la madre, ni al hijo? Mas si vos gustais de ello, pierda la ley su fuerza, y moriremos entrambos. O quanto puede una beldad desdichada para enternecer un corazon de bronce! Se podrá creer que los mismo que Golo escogió para quitar á Genoveva la vida, fueron los que se la conservaron? Porque las últimas palabras que pronunció, hicieron tanta fuerza, que la compasion del compañero obligó á hablar al otro: Amigo, por qué queremos bañar nuestras manos en tan ilustre sangre! Dexemos vivir á la que no hemos visto hacer accion digna de tan bárbara muerte:

bastantemente su modestia y gran paciencia muestran ser inocente: podrá ser que algun dia su virtud se publique, y entonces nuestro estado se mude en mayor dicha. Dificilmente se podrá juzgar quien tuvo entonces mayor sentimiento, ó los que la habian de quitar la vida, ó la que la habia de perder.

No obstante, la congoja de ver degollar á un niño tan tierno, obligò á Genoveva á vivir desdichada, persuadiéndose que la necesidad no la haria morir con menos horror que la cuchilla. Con esta resolucion dixeron à la Condesa se alexase dentro de la floresta, de modo que Sigifredo no pudiese entender quedaba con la vida, por evitar el daño que se les podia seguir: no era difícil á esta demanda complacerlos, antes muy fácil ocultarse en una espesura, que solo servia de alvergue y retirada á los osos, leopardos, y otras fieras; lugar que, para atravesarle, causaria horror á los mas atrevidos, y en fin morada del silencio, si no lo interrumpian los aullidos de los lobos, los gritos de los buhos, y llantos de otras aves y fieras, que despues aumentò el dolor de Genoveva.

Los vaticinos de la inclinacion que nues-

tro Señor os dió en vuestra primera edad para alivio de vuestras presentes calamidades, ya son cumplidos, y llegada la hora de gozar lo que con tanto anhelo otras veces habeis deseado. Id en buena hora, Genoveva, y entrad en el noviciado, y compañía de las fieras. Volviéndose hácia el castillo los piadosos verdugos, sobrevino un incidente, que los hizo arrepentir de su piedad: que acordándose de lo que les habia mandado Golo, que para muestras de la fidelidad habian de traer la lengua de Genoveva, aceleraron el paso otra vez hácia el bosque, para executar lo que la compasion les habia estorvado: mas Dios, à cuyo cargo estaba sanear las vidas de nuestros desterrados, permitiò que encontrasen en el camino un perrillo que perdiò la lengua por reservar la vida de su señora. Llegaron al castillo, y con las nuevas de la execucion se alegrò mucho Golo, y á un mismo tiempo dió parte al Palatino (que para olvidar todas las memorias que pudieran advertirle la de Genoveva) buscaba modos para divertirle, ya con la caza, ya con otros exercicios y recreos. Un dia, estando engolfado en varias imaginaciones de sus miserias, contò á su Mayordomo haber

soñado la noche antecedente, que un disforme Dragon le habia arrebatado de su lado á su muger.

Golo, que siempre estaba pronto para irle á los atajos, respondió: Verdaderamente, Señor, que ese sueño muestra con evidencia vuestra desdicha. Ese Dragon, que decis, es Drogan, que en el nombre hay poca diferencia, y es el mismo que contra su deber ha cometido crimen tan abominable, y alevoso; y si las historias no nos engañan, se halla haber soñado muchos hombres lo mismo, ò quando la insolencia de sus mugeres las hacia adúlteras, ó quando la violencia de una amorosa pasion las obligaba á esta maldad; y asi, Señor, os importa mucho desterrar de vuestra idea esas aparentes imaginaciones, que no sirven sino para inquietar vuestro espíritu. Olvidad, Señor, á la que con tanta desvergüenza ha manchado vuestro honor, y procurad vuestro reposo, porque esos sentimientos tan mal fundados, no os pueden servir sino de inquietudes.

Dexemos al conde buscar motivos para divertir su mal humor, y volvamos á ver lo que hace Genoveva dentro de la aspezeza, adonde la dexaron los dos criados,

que luego que se apartò de ellos, temiendo no mudasen de resolucion, acelerando sus delicados pasos, se refugió en la espesura del bosque: y á pocos encontró con el rio que pasa al pie del Castillo, en cuyas ondas arrojò el anillo que Sigifredo la habia dado antes de su partida, protextando no querer tener consigo testigos de una virtud que la habia costado tan caro: y penetrando por lo mas obscuro del bosque, procuraba buscar alguna parte retirada que la pudiera servir de defensa contra las fieras, y reparo contra las inclemencias del Cielo. Considerándose ya en lugar ageno del socorro de los hombres, oyó una voz, que remedaban las peñas de aquel monte, que decia: Genoveva, no tengas temor alguno, que yo cuidarè de tí, y de tu hijo. Confiada en esta promesa, se adelantò, sin encontrar algo que la pudiera servir de consuelo; pasó dos dias con harta congoja, sin que cosa criada mitigase su dolor, solo la libertad de quejarse, si sus males la affigian, los del pobre Niño la eran intolerables; y no sé què paciencia pudiera contenerse por medio de tantas calamidades. El dia no se mostraba sino para indicar lo horrible del sitio; la noche llenaba su espíritu de fantásticas

sombras y sus ojos de tinieblas. No se la representaba cosa á la imaginacion, que no fuese llena de temores. Hojas que un blando vientecillo movia, la parecian ser monstruos mas feroces que los de la Libia; el cuidado de su Tristan aumentaba sus aflicciones viendo que habia pasado dos noches recostado cerca de un roble, sirviéndole por lecho un poco de grama, y de reparo unos ramos. Todos los accidentes que la pudieran sobrevenir los tenia en la idea para aumentar los efectos que el dolor la podian causar; pero el mayor que la causò á su alma fuè que al cabo de tres dias el Niño daba gemidos por algun alimento; pero ¿què fruto se podia sacar de unos pechos tórridos, sino un poco de sangre corrompida? Entonces fuè quando Genoveva pidió, clamando al cielo, socorro en esta manera: mi Dios, y Redentor, cómo permitis que este inocente muera por falta de una gota de agua, sin remedio, en tiempo que los causadores de esta desgracia están engolfados entre regalos, y lascivias? ¿Adónde esta vuestra divina providencia, que alimenta hasta los mas minimos gusanos de la tierra? Si vuestra palabra no nos engaña debeis favorecerle, asi como à los animales

irracionales, pues que su naturaleza no es menos noble. Miradle, Señor, con ojos de piedad; su padre no le ha conocido mejor que el cuervo à sus hijos: tened compasion de sus miserias para aliviarlas, ò para das fin à ellas: permitireis, mi Dios, que los inocentes perezcan de hambre, quando vuestros enemigos (irritando vuestra justicia) menosprecian vuestros divinos dones? Paréceme cosa injusta de hacer bien à los malos, y aborrecer (sin compasion) la virtud perseguida. Perdonadme, Señor, que mi grande dolor precipita à mi paciencia à pronunciar estas blasfemias, que basta que vos querais una cosa, para hacerla justa; y si permitis que muera; me ajustaré à vuestra divina voluntad.

Diciendo esto, echò el niño en tierra, y apartándose un poco del causador de sus miserias, oyó el murmurco de un arroyuelo que aseguraba haber cerca de allí algun manantial de agua que la obligó à volver à tomar el niño, y refrescándole la boca, detuvo al alma, que al parecer huir queria por falta de alimento. Ya, Genoveva, ves efectos de la divina providencia: solo te falta alvergue, el que halló allí cerca. Era una caverna, cuya entrada cubria una

muy espesa breña que alquilaron la madre con el hijo por siete años. Tambien faltaban alimentos. O bondad del Cielo! que sois tan benigna y amorosa; pues al tiempo que nuestra Genoveva trabajaba con su espíritu para el remedio, oyò un ruido como de un hombre á caballo, que atravesaba por aquella intrincada maleza; causò la grande espanto, hasta que descubriò ser una cierva que sin recelo alguno se llegó á ella, causando admiracion su mansedumbre, y compasion con que miraba al niño, y acariciando á la madre, parece queria dar á entender que Dios la enviaba para criar á su Tristan, y servirle de ama. Reconociendo Genoveva que tenia las tetas llenas de leche, comenzò á acariciarla, y á dar la teta al niño, deteniéndole el alma, que estaba para dar los últimos bostezos.

Con quanta facilidad se contenta un corazon affigido! Dígolo porque Genoveva recibió este socorro con tantas demostraciones de alegria, que enjugaron sus lagrimas, olvidando las tristezas pasadas. Aumentòse el contento, quando reconociò que la cierva acudia cariñosa à dar la teta al niño dos veces cada dia, sin recibir otro salario que un manojito de grama, ù de ra-

mos tiernos, con muchos alhagos cariciosos que la condesa la hacia, y muchas veces solia hablar con ella, como si fuera capaz de razon, dándola à entender con señales de agradecimiento, lo muy obligada que estaba á su caridad, y que la continuase adelante.

Alguno se holgará de saber por qué nuestro Señor se sirve de las ciervas para alimentar en los desiertos á sus siervos. Esta curiosidad la habrán experimentado los que medianamente han leído, y por muestras servirá de buen testigo San Gil.

Además de esto, Dios puede servirse de quantas cosas ha criado para conservar nuestra vida. Esto se ha experimentado muchas veces, habiendo hecho manar miel de las peñas, sustentando con rocío ò maná á todo el Pueblo de Israel. Conservò sin lesion alguna à tres niños que estaban dentro de unas llamas. El es el que con un cuervo enviaba el sustento en el desierto al primero de los hermitaños; y últimamente, es el que puede librar nuestra vida de la muerte, y con veneno (tanto perjudicial) sustentarla.

Todo lo que nuestro Dios dispone está llena de perfecciones, y no tiene algo vio-

lento, y por esta razon se suele servir de causas segundas, acomodándolas à las inclinaciones. Los que han escrito de las cosas de naturaleza, dicen que las ciervas jamás pudieran parir si el Cielo no las sirviera de partera con el estallido de un trueno, de donde se colige que los ciervos son mas tímidos que los otros animales, pues solo el temor los hace nacer. Hallase otra question, en que un grande personage ha reparado, y es que la dificultad que la cierva tiene para producir su fruto, procede de su grandeza; de donde se infiere que los cachorros se separan de sus madres poco despues de haber nacido, dexando el dulzor de la leche por buscar la libertad; y asi como las madres se hallan cargadas, buscan remedios, permitiendo llegar á sus tetas animales de otra especie para ser aliviadas, y asi Dios les ha dado este natural por beneficio suyo; y à las veces se sirve para remediar nuestras necesidades, dándolas instinto para usar de liberalidad de cosa que les pudiera ser nociva. Nuestro pobre Tristan tuvo para conservar su vida esta asistencia por el espacio de siete años; la de su madre la conservaron frutos silvestres, yervas y raices. El que

considerare que Genoveva era una Princesa criada en una corte entre tantos regalos y delicias, no se maravillará de sus angustias, ni menos dexará de compadecerse viendo la muger de un poderoso Palitino enagenada de las cosas que la mas extrema necesidad necesita de ellas: mudado su palacio en una áspera soledad, sus cortesanos en fieras, su música en ahullidos de lobos, sus delicados manjares en raíces amargas, su reposo en desasosiego, y últimamente, sus alegrías en lágrimas: con que aunque fuera de piedra, habia de sentir estos males, y quando su virtud no fuera tan perfecta, á lo menos su constancia hubiera hallado lágrimas para quejarse, pues hasta las mismas peñas mostraban sudar miserias. Quien atento oyera los lamentos (á quien los ecos respondian consortes de las peñas de aquel monte) pudiera ser testigo cómo los árboles se quejaban, la agua murmuraba, los vientos rugian, y que todos los paxarillos habian abandonado sus ramas, y dexado su música para aprender á gemir las miserias de Genoveva.

Las calamidades de la pobre condesa afligian su corazon, las de su hijo le roca-

ban al alma, aumentándolas despues que comenzò á desatar la leche, y á sentir sus desdichas. La piadosa madre se esforzaba para calentar las delicadas carnes del hijo apretándolo entre las suyas; y sintiendo los temblores, su corazon se affigia, exhalando tristes sollozos, y sus ojos raudales de lágrimas. O pobre criatura! (decia) ò hijo querido, y què temprano comienzas á padecer miserias! Y como si tuviera uso de razon, oyendo los llantos de la madre solia dar un grito tan lamentable, que pudiera hacer brecha para asaltar sus entrañas.

Suplicotè, amigo lector (antes de pasar à referir el estado deplorable de nuestra Princesa) que vuelvas los ojos por ese mundo, para observar la diversidad de cosas, y reconocerás, hallando un infinito número de mugeres de menor calidad è inocencia que Genoveva, arrastrar el oro y la seda por tierra, al tiempo que ella se pasma de frio, solamente cubierta con la verguenza de su desnudez. Vereis tambien el vicio en grande estima, y la virtud despreciada, la deshonestidad alabada, la pureza desdeñada, y la vanidad ensalzada, quando una pobre señora està padeciendo

en un rícon tenebroso de un bosque infinitos trabajos, solo por haber querido conservar su inocencia, y guardar la fe à una persona que el cielo la habia destinado. La Providencia divina es tan profunda, que nadie puede vadearla, y en vano nuestros designios trabajan en querer penetrarla. Para pruebas de esta verdad no es necesario ir muy lejos, que volviendo los ojos à la casa de Sigifredo (de donde habrá ya dos años que estamos ausentes) veremos que no hay criada que no esté contenta, lacayo que no esté muy gustoso, perro que no tenga el pan en abundancia, y todo sobrado. Allí hallaba el verano sus placeres, el invierno sus deleytes; la caza, las visitas, el juego y los banquetes destierran de aquella casa todas las tristezas. Golo trabajaba solícito en buscar antidotos contra las imaginaciones del Conde, de quien no pueden desarraygarse las virtudes de Genoveva: su modestia, piedad, constancia, honestidad y amor le dan en cara noche y dia la facilidad de haber creído tan ligeramente, con que le parecia traer tras sí sus tristes sombras. Y aunque su mayordomo procuraba con sus astucias divertir sus pensamientos, llenos de inquietudes,

tudes, no por eso dexaban de hacer impresion, y sospechosa su idea.

Hallábase en grande peligro la fortuna de Golo, y con manifiestos vislumbres de su total ruina, con un accidente, que casi hizo notoria su maldad. Fué el caso, que tres años despues de la llegada del conde, y otros tantos del destierro de su muger, un dia revolviendo sus papeles, encontró con el que habia dexado escrito Genoveva; y despues de haberlo leído, le causò tal alteracion, que su lengua no pronunciaba mas que mil maldiciones contra Golo, y bañándolo con otras tantas lágrimas, se daba de golpes contra el pecho, arrancaba sus cabellos, y en fin, hacia tantos extremos, quanto le pudo permitir su grande dolor, y verdaderamente que habia de tener alma de tigre el que sin compasion leyese este papel, que el dolor habia dictado y la inocencia concebido; decia así;

A Dios, querido Sigifredo, yo me voy a morir, pues vos lo mandais, que para obedeceros, jamás he hallado imposibles, si bien en vuestra resolucion hallo alguna injusticia: mas no por eso dexo de estar muy cierta que vos, Señor, no habeis procurado mi ruina, sino en la facilidad de consen-

tirla, asi, os aseguro y protesto, que toda la causa de mi desdicha ha resultado por conservarme entera para vos, que es para quien el cielo me habia escogido: Yo voy alegre à morir, y à mudar estado que no puede ser peor, confiada en que algun dia la calumnia que me ha precipitado sacará de sospecha à mi inocencia; pero el mayor sentimiento que conmigo llevo es el habér dado al mundo una criatura que haya de servir de víctima à la misma crueldad, y causar mas desdichas. No por eso, amado Señor mio, pretendo que estos sentimientos me impidan desearos muchas felicidades, y al autor de mi desdicha mejor fortuna de la que me ha procurado; y à Dios quedad. *Vuestra infeliz, pero inocente Genoveva.*

El mayordomo, que como astuto, estaba siempre de zelada acechando este nublado, que reconociéndole à punto de descargar su furor, intentò apartarse de la vista de Sigifredo, hasta haberse serenado el torbellino, y aplacádose su cólera: mas no la de su Señor dexò de reprender los juicios en que la malicia lo habia reducido; pero à Golo no le faltaban astucias para engañar à su amo, ni menos remedios para disfrazar la sospecha.

Pues cómo, Señor (decía) os arrepentís de haber privado de la vida á la que con tanta desvergüenza os ha privado del honor? Y si por ventura os parece haberlo hecho injustamente, vuestro sentimiento lleva alguna razon; mas dudo que halles alguna para creerlo: vuestros ojos no son buenos testigos de vuestra deshonor? Vuestros criados no saben muy bien que lo que habeis hecho es muy justo, para que vos no lo halleis ahora por injunto, reprobando todo lo que la humana política aprueba? Quereis vos ser mas sábio que las leyes, que condenan lo que la razon justifica? Podrá ser que ese papel os quiera persuadir á una inocencia, siendo una ridicula justificacion. Adónde se hallará que jamás un reo confiese su delito, por mas que lo convenzan? A una muger disoluta, si la quieren oír, jamás la hallarán culpada. Pluguiera á Dios que la que habia de conservar vuestra honra, hubiera tenido menos malicia, ó menos prudencia para defenderse sin vislumbres de poder juzgar su fidelidad, asegurando que yo fuera el primero á creer su inocencia, así como he sido el último para aprobar las sospechas de su infamia; pero como á este deshonor ha acompañado el no temer á

á nadie, vos debéis tener por bien hecha la venganza que habeis tomado en favor de los intereses públicos de la virtud, castigando una ofensa particular.

Estas razones, coloreadas de un fingido afecto, deslizaban suavemente en el espíritu descuidado del Palatino, de modo que sus remordimientos y sospechas eran todas como quando los paxarillos pican á hurtadillas, y luego escapan. Todas estas razones le servian al pobre Señor, mas de encanto, que de consuelo. Divertidos en el palacio de Sigifredo, hemos olvidado á nuestros desterrados en compañía de la cierva: volvamos á hacerlos una visita á la áspera soledad, que la hemos de reputar, no como retiro de serpientes, ó como alvergue de osos, antes bien como academia de virtudes, escuela de paciencia, y templo de santidad.

Despues que nuestra Condesa hubo padecido en esta aspereza tres años, que fueron un invierno entero, porque el sol no permitia mostrar sus rayos en aquella espesura, se hicieron tan familiares sus males, que el horror y temor no tenia en ella cabida, y su paciencia se habia acendrado tanto, que los trabajos ya los tenia por de-

licias, por donde nos enseña la experiencia cotidiana, que en acostumbándose alguno á una cosa, por difícil que sea, la halla fácil; sucediendo lo mismo á Genoveva, porque lo que hallò al principio áspero, lo halló despues suave: el veneno mata, mas no por eso dexò de sustentarse con él un rey poderoso. No os parece que en medio de tantos rigores, nuestra Princesa habia de morir de impaciencia, y anegarse en lágrimas? Pues no fuè asi, porque recogién-dolas en sus manos, las ofrecia á Dios en sacrificio tan acepto á su divina bondad, como si le ofreciera todo el incienso de Arabia.

El primer favor que recibió del Cielo, despues de tres años de noviciado, fuè que estando un dia en medio de su caverna de rodillas, los ojos vueltos al Cielo, contemplando en su maquina, y en el artifice de ella, descubrió que, exalando el ayre, se encaminaba á ella un macebo, cuyos resplandores afrentaban á los del sol; y si la Condesa no fuera tan constante en la fe, juzgàra como idolatra, que dexando su esfera la luna, descendia á ser Diana de aquella floresta, ò que el sol (abandonado del Zodiaco) venia á visitar un lugar que

habia estado ageno de sus rayos. Pero para consentir en este error Genoveva, tenia su espíritu muy fortalecido de soberana luz, juzgando que aquella beldad era una de las inteligencias del Cielo, mas presto que uno de sus astros: no se engañó, porque era su Anguel guardian, que venia á la cueva de parte de su Criador á consolar á aquella criatura. Parèceme no será fácil dibujar un espíritu, por quanto nuestros sentidos no pueden comprehender cosa tan sutil; y no obstante se puede con un carbon delinear el Sol, y de la misma manera pintar exteriormente los ángeles: èste de quien hablamos tenia el rostro, donde la beldad y la modestia se mezclaban con magestad tan divina, que pudiera ser adorado, á no conocer ser uno de los ministros de Dios. Además de sus grandes resplandores, tenia su cuerpo cubierto con una túnica del color que indicaba (con claras apariencias) el lugar de donde venia: tenia en su diestra una cruz, adonde se veia nuestro Redentor, hecho de marfil, tan á lo vivo, que facilmente se pudiera juzgar que aquella obra no era por mano de hombres trabajada: sobre sus espaldas al descuido pendia una crespa de cabello rubio, matizado con

gotas de coral: parecian sus ojos en lo languido navegar con la muerte; y su boca quejarse de tan cruel y bárbaro martirio: transparentes se veían (como por un cendal) sus delicados miembros, sus venas, arterias, y sus nervios.

Vuelta la Condesa en sí de admiracion tan maravillosa, la presentò el ángel esta cruz, diciendo, Genoveva, yo he venido aqui de parte de Dios à presentaros esta cruz, que os servirá de aqui adelante de objeto, memoria y remedio de todos vuestros males: si os parecen intolerables, mezcladlos con esta sangre, y hallareis consuelo en vuestras penas; si acaso algun pensamiento de desesperacion combatiere vuestro espíritu, retiraos á estas llagas; (adonde todas las palomas del cielo tienen su refugio) y hallareis grande alivio; y en fin, Genoveva, este es escudo de donde resvalarán á vuestros pies todos los tiros de vuestras adversidades, y es la llave que abrirá à vuestra paciencia las puertas del Cielo, de quien podeis (con agradecimiento) recibir este favor. La Princesa se inclinò y recibió el crucifixo, para grabar en él todas sus victorias, á imitacion de las de aquel gran capitan, que fueron recono-

cidas de Justiniano, despues de haberle privado de la vista. Mostrò el cielo sus maravillas con esta su sierva; siguiéndola el crucifixo por todas partes, si salia á buscar raices para el sustento de su vida, la acompañaba; si quedaba en la gruta, no se apartaba de ella. Este milagro duró algunos meses, hasta tanto que hizo su asiento en un rincon de la cueva sobre un pedazo de peña, que la naturaleza habia cortado, formando un altarico, que nuestra santa (en recuerdo de su primera edad) adornaba de flores y ramos. Todas las veces que alguna emocion la afligia, abria el Crucifixo los brazos, para recibir en ellos todas sus angustias, descubriendo con facilidad sus pensamientos á quien no los podia ignorar, poniendo sus dolores á los pies de quien podia sin dificultad sanarlos.

Muy difícil es hallar en la virtud un tropiezo, y los que han procurado con palabras enseñarlo, los han destruido con sus obras. Los estoycos, no solamente han llegado á reconocerlo, sin perder el color, no pudiendo ocultar la alegria. La virtud cristiana penetra mas que toda la teología de los paganos; no obstante que la dulzura de estos no consienta las bárbaras le-

yes de la insensibilidad. Aquel grande varon, cuyo espíritu era todo paciencia, y su cuerpo todo dolores, conservò (en igual resignacion) sus voluntades, mas no por eso dexaba de permitir á su lengua de lamentar sus miserias, diciendo que sus miembros no eran de bronce. Cristo mismo ha querido en su muerte mostrar con llantos su humanidad, de modo que la opinion de su insensibilidad no estorvase de creer alguna de sus naturalezas; y así tomemos exemplo en su humildad, como en sus llantos, que con esto nuestras lágrimas y suspiros no impedirán á nuestra paciencia que sea virtud. Nuestra Genoveva muy bien se ajustaba á este exemplo con una constancia de mármol; en fin, mármol que gemia, y daba á entender con lastimosos suspiros, que no era estatua la que padecia, templando sus dolor con sus tristes llantos, pero no por eso la incitaban á impaciencia; y para decir la verdad no los templaba con menos armonía que las cuerdas de un laud, que tocan solamente por ser muy agradables sus suspiros.

Un dia que la imágen de todas sus miserias se presentò á su espíritu, se puso postrada á los pies del Crucifixo, y mez-

clando sus lágrimas con el coral precioso que manaba de ellos, tiernamente le habló de esta manera:

Hasta dónde, Dios mio, se ha de extender vuestra severidad? Por qué se irrita tanto contra mí vuestro rigor? Grandes deben ser mis culpas, pues quereis que se sacrifiquen en vuestras aras dos corazones en una victima. Hasta quando (mi dulce Jesus) permitireis que la virtud sea tan cruelmente perseguida? No bastan cinco años de miserias para prueba de mi paciencia? Quando yo hubiera destruido vuestros altares, ò abrasado vuestros templos, pudieran mis lágrimas haber apagado vuestra cólera, sino es que mis continuos suspiros la hayan encendido con mas vehemencia; yo me persuadia que mis tristezas no habian de durar mas tiempo que duraron mis alegrías, y que el último período de mi afliccion seria el no poder mas sufrir: mas ahora reconozco, mi querido Dios, que otras veces me habeis conferido muy tasadas las delicias, para ahora (con el recuerdo de mis prosperidades pasadas) padecer colmados los tormentos. No es ya tiempo, Señor, de hacer manifesto que sois Protector de la inocencia, así como vengador de

la malicia? Ya ha pasado un lustro entero que padezco un martirio, que no dexa de ser cruel, por ser tan perezoso: no hay cosa en este mundo que haya contribuido á mitigar mi dolor. Todas las criaturas parece haberse confederado con mis enemigos, para gravar mis aflicciones. Un buen discurso puede complacer á un deseo, y yo me considero olvidada del uso de hablar, agena de otra conversacion que la de las fieras. Las sombras de la noche esconden la mitad de nuestros males. El sueño se recata de llegar á mis ojos, de temor de apegarse, y juzgando hallar en ellos poco alivio: parece ser contagiosa mi miseria, que nadie se atreve á arrimarse á ella. La hambre, el frio y la desnudez hacen el menor caudal de mis males, y mi mayor sentimiento es ver padecer á este pobre inocente. O mi Dios! Si por algun delito, que yo ignoro, quereis afligir á la madre, por què, Señor, desamparais al hijo tan inocente de mi culpa, como indigno de la pena? Perdonadme, dulce Jesus, que el grande dolor me hace pronunciar estas quejas, pareciéndome (que ignorando la causa de tantos males) podia con razon buscar algun alivio en vuestra misericordia. Pronunciando estas lastimosas

palabras, bañaba su Crucifixo con un torrente de lágrimas, acompañándolas el niño con lastimosos sollozos, que pudieran causar compasion à los vecinos inanimados riscos; y en fin, la pobre Princesa continuaba su llanto, apretaba al milagroso Crucifixo entre sus brazos, diciendo: Mi Dios, y Redentor, què es lo que he cometido contra Vos, para tratarme con tanto rigor? Entonces respondió la imàgen de nuestro Señor.

No sé, hija mia, que razon teneis para quejaros. Vos decis, què delitos os han traído á este desierto? Decidme, qué pecados me han enclavado en esta Cruz? ¿Acaso estais vos mas inocente que yo, ò mis males son mas tolerables que los vuestros? Vos os juzgais sin culpa, y á mi culpado? Y que jamas habeis pensado en la infamia que han impuesto à vuestra reputacion, como si yo fuera algun encantador, ò hechicero, así como me han imputado. Tambien decis: no recibis algun consuelo de las criaturas: no basta recibirlo de vuestro Criador? Y que nadie se compadece de vuestros males: decidme, quién se ha compadecido de los míos? Y que las cosas invisibles tienen horror de vuestra

afliccion, como si el sol no se hubiera rehusado de mirar la mia. Dècis que vuestro hijo agraba vuestros dolores, como si mi Madre hubiera aliviado mis tormentos. Consuèlate, hija mia, que yo cuidare de tí, y á las veces considera que el Hacedor de todas las cosas del mundo ha sufrido todos los males; y si comparas tu caliz con el mio, beberas con gusto, y me agradeceràs el favor que te hago en hacerte vivir por medio de tantos dolores, para morir entre las alegrías de una vida enriquezida con los merecimientos de la paciencia.

Parecerà cosa superflua referir la confusion que la causò á nuestra Santa esta reprehension, que sirviò para consolarse, y animarse, parecièndola las espinas fragrantés rosas, lo amargo dulce, sus tormentos delicias, y suave lo rigido; no buscando Dios otra cosa con esta reprehension, que animarla á la paciencia, y no precipitarla á una desesperacion. Desde entonces no pide á nuestro Señor otra cosa que trabajos, y el no la conferia sino consuelos, y para mostrar que su virtud le era asaz conocida, y su inocencia semejante á la que el primero de los hombres poseyo en el Paraíso, puso debaxo de su obediencia la

ferocidad de los brutos, y la libertad de las aves, no faltando la Cierva à dar la teta al niño dos veces al dia, y de noche à acompañarlo, que servia para calentar sus delicadas y frias carnes; y despues de haber recibido este favor del cielo, las otras liebres y lobillos jugaban con él, y los paxarillos andaban à porfia por quien se habia de dexar coger el primero. Era la gruta lugar adonde los javalíes se presentaban mansos, y los ciervos sin temor, y todos los otros animales habian mudado su natural, que parecian racionales por la compasion que mostraban tener á las miserias de nuestra Santa Princesa.

Un dia, vistiendo al niño unos andrajos viejos en presencia de un lobo, y reconociendo la miseria de esta afligida Señora, con un instinto mas que de fiera, partió de la gruta, y poco despues volvió con un pellejo de oveja, y se lo arrojò á la Santa, que parecia darla á entender que para abrigar al niño era mas propio que los andrajos: aceptó el presente, mas no por eso dexò de reñirle con severidad, por haber resultado este beneficio en daño del próximo. Humillò la cabeza el lobo, y como si tuviera uso de razon daba à entender

no lo haria otra vez. Con verdad podrás decir, amigo lector, que la corte de Sigifredo está compuesta de lobos fieros, y bestias salvages; y la caberna de su muger de cortesanos bien doctrinados; y la diferencia es, que allí cometen los hombres acciones de lobos espantosos, y acá las bestias usan de acciones y cortesias como hombres de razon, que comparando la una y otra vida, hallarèmos la misma diferencia que hay entre la gloria de los Angeles, y el horror de los demonios: siendo cosa evidente que la tierra no produce algunos de sus deleytes; pero el Cielo sí, porque su fin solo es de colmar de mil bendiciones aquella santa caberna. La naturaleza no contribuye á este desierto alguna felicidad; pero la divina gracia sí, pues hasta los brutos los hace capaces de razon.

Sobre esto pudiera decir muchas cosas, mas el temor de ser molesto impide á mi deseo el referirlas; solo dirè que las felicidades de aquel desierto se podian comparar á las de aquel lugar deleytoso, á donde el que Dios hizo un poco menor que el Angel perdió su inocencia; y que Genoveva se hallaba servida y estimada de las fieras con mayor respeto que lo pudiera ser en el

Palacio de su Esposo. Referirè un caso, que por ser digno de admiracion no quiero pasarlo en silencio. Habia cerca de la morada de esta Santa Princesa una hermosa fuente, que servia de alivio à nuestros desterrados para la vida. Un dia queriendo aplicar los labios à sus cristalinos surcos, reparó en los de su frente que la hicieron dudar si era la que antes habia sido, y decia (con tierno llanto): O desdichada Genoveva! Eres tú la que veo en esas ondas? No, no, no es posible que esos abatidos y lánguidos ojos hayan causado otras veces tantas llamas, y esa frente (que mas parece tosca corteza de sauce) haya competido con el abalorio; y esas pàlidas mejillas afrentado á los lirios y rosas. Adònde, mi Dios, me precipita mi error, sabiendo muy bien que todos los trabajos que padezco los ha causado la infeliz hermosura? O crueles y funestos dolores, y mas que bárbaros! respondedme: Adònde habeis trasplantado la nieve cándida de mi tez? Podrà ser la hayais destilado y convertido en lágrimas; pero habiendo derramado tantas, què males pueden faltar ya para ser lamentados? O Genoveva! ò pobre Genoveva! tú no eres ya mas que una imágen de lo que has sido,

y una vana sombra de tí misma; ò desdichada Genoveva! Entretanto que así se quejaba, y esforzaba á reconocerse en lo cristalino de las ondas, descubrió una deidad semejante á la de las nayades (que los poetas fingen ser ninfas de las aguas), causándola esta diversion tanta admiracion, que su Magestad la obligò á echarse á sus pies, como á verdadero altar de misericordia, y adonde sus aflicciones habian de facilitar su felicidad. La reverencia detenia à su deseo, y combatiendo entre sí el amor y la confianza, oyó una voz, y persuadiéndose que la pronunciaba la ninfa, volvió la vista à un lado, y descubrió à la Reyna de los Angeles que la habló de esta manera:

En verdad, hija mia, que no teneis razon de sentir una pérdida, que vos misma habiais de haber deseado, por lo mucho que os importaba: y os quejais de haber perdido la belleza, creedme, que si no hubierais sido tan hermosa, jamas hubierais sido tan desdichada, y que la beldad ha causado la pérdida de la mitad del mundo; ella es la que ha plantado la idolatria, y ha precipitado á los hombres en los piélagos de los vicios: si vos supiérades quan bien le parece

à mi Hijo lo tórrido y à spero de vuestro rostro, jamás deseariades de haber sido hermosa. Volved en vos, hija mia, y cesad de quejaros de vuestras miserias, que son hermosas y fragrantas flores (que nunca se marchitan) con que se debe texer la guirnalda, de vuestra gloria, y con vuestras lágrimas formar un arroyo, cuyo curso vendrà à parar en el mar dichoso de las eternidades.

Apenas la Reyna de los Angeles hubo acabado este discurso, quando una nube, mas resplandeciente que el sol, la desapareció de los ojos de la Santa, quedando con un increíble gozo por haber visto la que en el cielo ha de ser parte de la gloria de nuestros sentidos: quedó tambien corrida y confusa por haber hecho ostentacion y estima de su pasada hermosura. Esta vision infundió tal ánimo en su espirita para atajar los resabios de la impaciencia, que de alli adelante solia decir: Y bien, mi quirido y amado Esposo, si gustais, que Genoveva padezca hasta el fin de su vida, cúmplase vuestra voluntad; yo estarè siempre constante, y serè siempre, obediente á vuestros divinos preceptos, estimando mas las agonias de mi dolor, que las prosperi-

dades de mi fortuna. Vos, Señor, me habeis enseñado que no he de amar otra cosa en este mundo que à vuestra bondad: todas mis delicias consisten solo en vuestro amor, y os doy infinitas gracias, que por asegurarme en él, y disponerme à seguiros, me habeis traído aqui, y apartado del mundo. Què seria de mi pobre corazón, si vos Señor, no le hubierais guiado, y mudado su inclinacion natural? Sin duda que al presente lo poseeria la vanidad; y asi reconozco la obligacion que tengo de agradecer tantos favores como me habeis conferido: y siendo yo el mas humilde gusano de la tierra, habeis mostrado conmigo vuestra bondad y grandeza. Qué pudiera yo esperar en casa de mi marido sino una esclavitud voluntaria, ò un servicio honesto de cadenas, que aunque doradas, no dexan de ser molestas? Qué podia esperar en un Palacio abundante de todas las cosas? No me las contribuye la amenidad y hermosura de este sitio muy colmadas? No veo yo el Cielo descubierto con todos sus astros, que son otros tantos ojos abiertos para esclarecer mi paciencia? No hay criatura que no me sirva de modelo, para contemplar en ella la imàgen de Dios: cada una de ellas

me lo muestra con claras evidencias. Ese dulce murmullo que causan los surcos de esa fuente (que con lentitud y perezoso paso van à parar al grande Oceano) no dicen claramente á Genoveva, que asi ha de hacer su curso al mar dichoso de las eternidades? Y aquehos paxarillos, que con sonoras voces alaban todo el dia al que los ha criado, no remedan la mùsica celeste de que esperas gozar? Y asi, qué pudiera yo esperar en este mundo sino honras que son vanas; grandezas que son peligrosas; familiaridades que son perjudiciales; amistades que son fingidas; placeres que son asquerosos, y deseos que son funestos? Ya reconozco, Señor, que comienzo á gustar de la dulzura de vuestra providencia: sea bendito y alabado vuestro Santissimo nombre, por haberme sacado de tan notorios peligros. Y esta pobre criatura jamás hubiera seguido vuestras huellas, si vuestra Divina gracia no la hubiera asistido, confesando que contra mi voluntad me habeis hecho dichosa, mudando lo áspero de este desierto en una viva imágen del Paraíso, adonde hallo todas felicidades y dicha.

Al mismo tiempo que nuestra Santa estaba engolfada en lo augusto y profundo

de virtud, el conde Palatino Sigifredo, su esposo, se hallaba ofuscado entre mil horrores y miserias: la noche le representaba sombras negras, y fantasmas tristes; el dia no le alumbraba, sino para hacerle recuerdo de su querida Genoveva. A cada paso le inquietaba su espíritu con melancòlicos y varios pensamientos, no hallando otro alivio que la soledad, y estar ageno de la compañía de los hombres. Ordinariamente le veian à las màrgenes del rio Mosela, contemplando el corriente de sus aguas, para aliviar la inquietud de su espíritu, y para dar mas libertad à sus suspiros se retiraba de sus criados á un bosque, sirvièndole hasta su misma sombra de molestia, si la obscuridad obligaba á seguirlo. Quién podrá significar su furor, quando la memoria le incitaba á decir: Ah cruel! tú has hecho morir á Genoveva, y degollar á tu propio hijo: tú has quitado la vida á tu propio criado, cuyas horrendas sombras sin cesar te persiguen. Adònde estás, mi dulce Genoveva? (decia) à dònnde estas, hija querida? Y ciertamente, que si estando de este humor hubiera cogido à Golo, lo hubiera sacrificado á las fieras. Pero este pèrfido, reconociendo el espíritu de su amo altera

do, fingió un viage para apartarse de sus ojos: y si su fortuna le hubiera permitido quedar en casa del Palatino hasta la horrible vision de Drogan, su vida hubiera tenido desdichado fin. No quiero asegurar que esta no fuese una ilusion de su espíritu; pero no se puede negar que muchas veces permite Dios á las almas volver por beneficio de algunas personas: Aprueban esta verdad muchos exemplos; y para ello servirá de buen testigo el Rico Avariento, que pedia con grande fervor á Dios le permitiera volver otra vez al mundo, para advertir á los hombres las penas y tormentos de la otra vida. Estando el Palatino durmiendo una noche, cerca de las doce lo despertó un ruido como de una persona que caminaba dentro de su estancia; corrió las cortinas de su cama, y como con la poca luz que hacia el fuego que habia quedado en la chimenea no descubriese cosa alguna, volvióse á dormir: pasando un poco mas de un quarto de hora lo despertó otra vez el ruido: descubrió entonces un hombre pálido, de aspecto disforme, que arrastraba unas cadenas con que le parecia estar atado. La obscuridad hacia este espectáculo tan espantoso y horrible, que

pudiera pasmar à un hombre menos animoso que Sigifredo, que asegurándose en su valor, le preguntò de donde venia, que es lo que queria, y buscaba? Mas no le valliò su ánimo para evitar un grande sudor frio que le sobrevino, quando reconoció que la fantasma le hacia señas de ir tras de ella; y con grande resolucìon la siguió por un patio hasta un pequeño jardin; y apenas entrò en él quando desapareció el espíritu, quedando el Conde mas confuso con su ausencia, que de tener una compaña tan poco gustosa. Faltando la luz de la luna, que hasta entonces alumbraba, aumentó el temor. Volvió el Conde á su estancia, y echòse otra vez en la cama, adonde representándole la imaginacion que aquel personage lo tenia sobre las espaldas, apretándolo entre sus brazos, le obligó á llamar á sus criados, que le hallaron (aunque su valor lo quiso disimular) desfigurado, y medio muerto; però apenas el siguiente dia descubrió su luz, quando en el mismo parage que el espíritu lo habia dexado, mando cabar á sus criados, y à dos ò tres pies de profundidad hallaron un cuerpo muerto, amarrados pies y manos con grillos y esposas. Señor (dixo uno de de los criados),

en este lugar hizo el mayordomo enterrar al desdichado Drogán. El Palatino hizo luego enterrarlo en sagrado, y decirlo algunas Misas, con que despues jamas se oyó mas ruido en el castillo de este espíritu; pero por eso no dexò el del conde de ser combatido con tan espantosas imaginaciones, agitadas con una furia increíble. Entonces fuè quando conoció que sus sobresaltos y temores eran verdaderos efectos de su delito; no hallaba cosa que pudiera apartarlo de estas profundas imaginaciones: tenia cada instante delante sus ojos las imaginaciones de aquellos tres inocentes, que à su parecer habia quitado las vidas. Oíanle pronunciar cada momento estas palabras; O Genoveva; como me atormentas! Sus amigos procuraban divertirle de esta melancolía; pero Dios no lo permitia, antes bien la imágen de su delito le perseguia. Los demonios por donde quiera que van llevan consigo el infierno, y el hombre facineroso trae consigo el dogal. Sigifredo habia delinquido con voluntad precipitada, y por eso Dios le queria castigar con una pena lenta y perezosa; para mostrar quan peligroso es el no pedir consejo á la razon en los accidentes que nos sobrevienen.

Entretanto que estamos embebecidos en los horrores del Conde, perdemos los suaves discursos de Genoveva, que se hallaba al fin del séptimo año de su destierro, y el niño Tristan en el principio de reconocer sus miserias con un instinto lleno de razon. La virtuosa madre no omitia cosa que le fuese necesaria para su instruccion, y ya que no tenia los medios, como los deseos, para dexarlo rico de los bienes que llaman de fortuna: no lo quiso dexar destituido de los de la virtud, con los cuales la pobreza se hace rica. Todo su cuidado ponía en hacerle conocer à Dios, el amor y reverencia que le debemos, y que èl era muy diferente de las bestias con quien jugaba, porque su ánima era inmortal, y que aquellos animales vivian un tiempo limitado. Todas las mañanas y tardes le hacia poner de rodillas delante del Crucifixo, y jamás le permio tomar la teta á la cerva sin rezar primero. Este niño mostraba tan perfecta inclinacion, que la madre estaba muy gozosa, y le proponia algunas menudas questiones con que mostraba con evidencia su nobleza natural, y lo relevado de su espíritu, con que muchas veces hacia llorar á la pobre madre, considerando que

su hijo merecia mejor ser criado en otra escuela, que en la de las fieras: jamás quiso descubrirle la causa de sus lágrimas, por no acrecentar sus sentimientos descubriendo el autor de ellas.

No quiero diferir un discurso, que las lágrimas y sollozos de Genoveva casi la privaron de la vida. Fuè que estando un dia el niño entre los brazos de la madre, acariciándola con ternura, la dixo: Señora madre, vos me aceis repetir muchas veces estas palabras: *Padre nuestro que estás en los Cielos*; y así os ruego me digais quién es mi Padre? O pobre inocente! Què es lo que dices (dixo la afligida Señora), que ese discurso es capaz para quitar la vida á tu pobre madre. Y aunque este discurso la pudo embarazar los sentidos, se esforzó á apretarle entre sus brazos, diciendo: Hartas veces (hijo de mis entrañas) te he dicho que tu padre es Dios; y alzando los ojos al cielo le dixo: Ves allí su alcazar, y palacio adonde mora. Pero dígame, madre (replicò el niño) y me conoce á mi? Verdaderamente (dixo la madre) que te conoce, y quiere mucho. Pues de donde procede (dixo el niño) que no nos haga bien, permitiendo tantos males como padecemos? Hijo

mio (dixo Genoveva) es manifesto engaño que los bienes sean pruebas de su amor, porque las riquezas muchas veces son causa de perdicion para los malos, y á los buenos dexa empobrecer en este mundo, para despues enriquecerlos larga y liberalmente en el otro. Con grande atencion estaba el niño oyendo estas razones, y principalmente quando oyò hacer distincion de buenos y malos, y de dos mundos, y no pudiéndose contener, dixo: Pues mi Padre tienen otros hijos que á mí? A dõnde está el otro mundo? Hijo mio, Dios es un poderosísimo Padre, y tiene un infinito número de hijos, y no por eso dexa de ser muy rico, teniendo para su sustentacion infinitos tesoros; y aunque vos no hayais jamás salido de esta espesura, habeis de saber que hay fuera de ella muchas poblaciones de ciudades, aldeas y provincias llenas de hombres y mugeres, que siguen (parte de ellos) la virtud, y parte los vicios, y los que reverencian y aman á Dios, los tiene por verdaderos hijos, y un dia los llevará á gozar de increíbles deleytes al Cielo, y á los malos que le ofendieron, niega ser hijos suyos, y los castigará con penas crueles y tormentos en el infierno. A nosotros por miserables y

pobres nos toca ser queridos suyos; y todos los que lo sean de voluntad, ò que Dios lo permita que lo sean, los llevará al paraiso, que es el que dixè era el otro mundo. El inocente Tristan preguntò que quando se habia de hacer aquella jornada? Quando muramos, respondió Genoveva.

El podre niño estaba muy remoto de comprehender lo que la madre le habia dicho, si la voluntad Divina no le sirviera de maestro, alumbràndole con su celestial sabiduria, para poder penetrar el conocimiento de estas cosas, que los hombres no pueden comprehender sino con largo estudio y trabajo; y lo que es de admirar, que jamás habia visto otra persona que à su madre, y luego comprendiò muy perfectamente lo que eran ciudades y provincias; y aunque hubiera estudiado la filosofia, tocante à la inmortalidad del alma, no pudiera comprender mejor su esencia y qualidades. La experiencia jamás le habia enseñado que cosa era la muerte; mas no faltò mucho para que pocos dias despues lo experimentase en la persona de su madre, à quien las continuas fatigas, trabajos y necesidad de todas las cosas habian consumido su delicado cuerpo, que fuè (por lo

pasado) con mil regalos acostumbrado, e que tambien ayudaban las inclemencias de seis inviernos, y otros tantos veranos, que apenas se pudiera conocer ella misma, siendo la misma imágen de la muerte, ò un esqueleto que formaron las amargas raizes con que se habia sustentado. Dexo considerar si el menor accidente, con estas austeridades acompañado, no pudiera con un soplo acabar con su vida. Sobrevínola una muy violenta calentura, combatiendo á la poca sangre que conservaban sus heladas venas, con que la pobre Princesa juzgò acabar con su vida, y sus miserias. El pobre niño viendo á su madre los ojos lánguidos, y el color perdido, comenzó à dar grandes voces, juzgando con ellas detener el alma, que al parecer iba ya huyendo, vertiendo sobre el cuerpo tantas lágrimas que con facilidad pudieran extinguir el pequeño calor que en él quedaba.

Vuelta en sí Genoveva del letargo ò parasismo, clavados sus ojos en el sugeto amado de sus dolores, le descubrió ser hijo de un Señor poderoso, con otras circunstancias, que hasta entonces le habia callado. El niño muy atento escuchò de la madre lo siguiente. Dulce y querido hijo,

ya es llegado el dichoso dia que pondrà fin á mis miserias, y con razon debia desear la muerte mucho mas que la vida, no teniendo ocasion de dar quejas, por dexar este mundo, que los placeres que en èl tenia no me lo estorban; pero si algun pesar me habia de impedirlo, era el dexaros sin algun remedio, solo el padecer los males que vuestra inocencia jamàs ha merecido; y en verdad esta consideracion me sería sensible si no me obligara á poner todos mis cuidados en manos del verdadero tutor de los huérfanos, y defensor de los inocentes: á èl es á quien dexo el cuidado de vuestra tierna edad, y en quien debeis confiar de vuestro socorro; arrojaos sin recelo entre sus brazos; esperad constantemente en su bondad; alzad de vuestra memoria los trabajos que os ha causado vuestra madre, solo por haberos dado al mundo; y si quereis agradecer el desvelo y cuidado que he tenido con vos, habeis (con toda honestidad) de enterrar mi cuerpo, y con èl todas las injurias que he padecido, que Dios solo conoce la atrocidad de ellas, y èl solo es permitido castigarlas, porque nosotros no podemos ser jueces de nuestra propia causa, que sería cosa injusta ser autores de nuestra venganza.

La injuria, hijo querido, que se ha cometido contra mí, es de tal calidad que vos no podeis ser piadoso sin ofender la piedad, ni vengar á vuestra madre sin injuriar á vuestro padre, porque seria labar vuestras manos en vuestra propia sangre para limpiarlas; no por eso dexo de conocer que es difícil que un enfermo padezca los dolores sin quejarse; quiero con esto advertiros que los padezcáis, pues la virtud lo desea, aunque la naturaleza no lo permita; mas os habeis de conformar con la voluntad de Dios (que permite nuestras aflicciones) que aborrecer á los que nos las procuran. Si la naturaleza os incita á un deseo de venganza, la gracia os detiene: si la razon humana os lo manda, la divina lo prohíbe; si la impaciencia os lo persuade, la bondad lo aborrece, y si el exemplo de algunos malos hombres os inclinare á un deseo de venganza, el de nuestro Redentor Jesucristo os retirará; mas presto debemos seguir la razon, y oír sus discursos, que escuchar la opinion de nuestros sentidos, esperando que la misericordia Divina nos hará algun dia justicia, y hará manifiesto á todo el mundo que sois hijo de una madre (aunque muy infamada) poco culpada, y muy ino-

cente, aunque injustamente afligida. En lo demás, hijo querido, despues de haber enterrado (como os he dicho) mi cuerpo, hareis lo que Dios os inspirare; que si su Divina Magestad permite que vayais con vuestro Padre, no hagais dificultad, que vos teneis tales qualidades, que no podrá negar que sois su hijo, y se acuerda de lo que es; y últimamente, ya que no puedo dexaros otra cosa que deseos y bendiciones, arrodillaos, y os las echaré tan abundantes como el Cielo os las puede repartir, à quien ruego os sea siempre propicio. Arrodillado de esta manera estaba el niño de shacièndose en lágrimas, al tiempo que Ge noveva verria el resto de las suyas sobre el triste Tristan.

Los cartaginenses tuvieron en un tiempo por asentada la ley el ordenar á sus hijos en sus testamentos de ser eternamente jurados enemigos de los romanos: tambien el rey David mandó en su cobdicilo à su hijo Salomon vengase las ofensas que contra èl cometió Samuel. Diferente es el que hizo nuestra Santa princesa, dictado de la misma piedad, y escrito con la tinta preciosa destilada de los albores càndidos que exalaba su triste corazon; y así, mortales,

para hacer testamento, tomad exemplo en nuestra Genoveva, que por momentos esperaba el fin de sus miserias, quando su hijo comenzaba á sentir sus dolores. En este estado estaban madre è hijo, quando la muerte quiso executar el último golpe de su crueldad. Deten la mano bárbara, que aun no es tiempo de executar el golpe fiero de tu saña en vida tan preciosa, àntes que la justicia Divina satisfaga á su honor. De qué despojos piensas gozar con quitar á una tan miserable criatura el aliento? Su cuerpo no tiene mas carne en que puedan tus gusanos hacer presa, ni menos tienen que roer sus huesos, que ya los han roído los llantos y tristezas: si pretendes acaso aumentar el número de tus fantasmas, dexala vivir, pues no es ella otra cosa.

Entretanto que nuestra Santa estaba esperando la execucion de la muerte por momentos, se la aparecieron dos ángeles mas hermosos y resplandecientes que el sol, que llenaron el antro de un suavísimo olor. Llegaron al catre, que compuesto estaba de secos ramos y marchitas hojas, adonde recostada se hallaba la pobre Genoveva, y el uno de ellos, que era su tutelar, la habló de esta manera: Genoveva, vivid, vi-

vid, Genoveva, que asi lo quiere Dios. Entonces la Santa, abriendo los párpados de los ojos, descubrió aquellos espíritus celestes, que no la dieron lugar para contemplar la belleza y resplandor con que dexaron aquella santa gruta, y Genoveva admirada con su milagrosa convalecencia. Jamás hizo nuestro Dios cosa que no fuese muy perfecta, dígolo, porque los hombres curan los males con grande lentitud, aplicando á las enfermedades remedios violentos, que á las veces causan violentos dolores; pero el médico celestial sana con suavidad al enfermo entera y perfectamente, mandando á la enfermedad que se retire, con que sus medicinas al recibir las son dulces, y los enfermos convalecen sin muestras de lo que han sido. Asi Genoveva al mismo instante que los Angeles salieron de su caverna, se levantó de su pobre lecho tan vigorosa y gallarda como lo habia estado antes de su enfermedad, que considerándola levantada, parecia mas presto una resurreccion que una convalecencia, causando al niño grande gozo ver vivir otra vez á su madre; pero ella suspiraba de tristeza, viéndose echada del puerto otra vez, espuesta á las inclemen-

cias de nuevos naufragios.

No os aflijais, Genoveva, pues que Dios se halla muy satisfecho, y reconoce muy bien vuestros trabajos y fidelidad con que vuestra larga paciencia se ha manifestado tan esclarecida, como afectuosa. Vuestros males son ya acabados, vuestra corona está ya aparejada y texida de vuestras virtudes, que son fragrantés flores, que nunca se marchitan. El sol de vuestra paciencia, que tanto tiempo ha estado cubierto entre las tinieblas de la calumnia, ya es tiempo que en público muestre los rayos de su inocente luz. Ya habia cerca de siete años que Sigifredo y su Esposa padecian; el uno en los horrores de un delito que habia cometido solo por ignorancia, y el otro por medio de las miserias que padecia injustamente, quando Dios, queriendo manifestar la inocencia del uno, y el error del otro, permitió que la maliciosa hechicera (de quien arriba se hizo mencion) viniese á manos de la justicia; y despues de haber sido convencida, y confesado muchos de los delitos que habia cometido, al tiempo que el verdugo estaba ya para executar el golpe en cumplimiento de la sentencia, pidió la oyesen uno de los casos

y delitos mas atroces que en su vida habia cometido, y que la causaba mayor arrepentimiento y dolor que todos los otros, que era el haber imputado un delito á una persona que estaba inocente de él.

La justicia mandò se declarase, el conde Palatino Sigifredo (replicò la maga) ha hecho quitar la vida á su muger solamente con las sospechas que las ilusiones de mi arte màgica le dieron à entender, y para que el mundo sepa que aquella Señora era muy virtuosa y honrada, hago esta ùltima confesion; con la qual murió aquella desdichada.

Los de aquella republica enviaron luego un expreso con esta nueva al Palatino Sigifredo, que le causò el dolor y sentimiento que permitò la pèrdida y muerte tan arrebatada de su querida é inocente Esposa, consolándose con que murió libre del crímen que la imputaron.

Quièn podrá, sin admiracion, referir el furor que le arrebató su espiritu contra la perfidia de su mayordomo, ni las dolorosas quejas que hacia por su esposa, è hijo? O cruel y mas que bárbaro verdugo! (decia) no bastaba la ruina de mi casa, sin poner en peligro la reputacion y honra de ella?

Y si intentabas cometer una tal alevosía, no hubieras hallado otros medios mas moderados á tu crueldad? No bastaba el haber sido disoluto en tu proceder, sin haber intentado una tan pèrfida calumnia? Quisiera que tuvieras cien vidas para que padeciera cada una de ellas la pena que merece tu bárbaro delito. Una habias de perder (ó pèrfido) en las llamas de un horrible fuego; otra en los filos de las agudas nabajas, y otras con tales tormentos, que pudieran satisfacer mi indignacion, y castigar tu depravada malicia. Pero vosotras, lastimosas víctimas, ya sois muertos; ya tú eres muerta, mi querida y amada Genoveva. Y tú, inocente cordero, ya eres muerto; que apenas te dí la vida, quando te privè de ella. Vuestra sangre clama al Cielo venganza contra mí. Os podrè pedir perdon de un crimen, que solo por la facilidad en creer he cometido? Yo espero de vuestra misericordia este favor, pues que sois tan piadoso como inocente. Y si este execrable delito se puede vengar con castigo atroz, yo os prometo premeditarlo tal, que pueda labar mis manos en la sangre alevosa que causó la pèrdida de vidas tan preciosas.

Era nunca acabar el querer referir las maldiciones que contra Golo pronunciaba su cólera; pero juzgando ser necesario disimular su llanto y justo sentimiento, temiendo no se le escapase del lugar adonde habia ya dos años se habia retirado, sin visitar al Palatino sino las veces que hallaba oportuna su malicia, á cuyo fin le escribió convidándolo para una solemne caza, cuyo designo era verdadero; pero no dió á entender que en ella habia de servir de fiera. Muy descuidado se presentó á los ojos de Sigifredo Golo, y en la misma prision á donde habia tenido á su inocente Señora tanto tiempo padeciendo, entrò á padecer él. Quién dirá ahora que la Justicia divina se descuida, y que su providencia disimula?

Los efectos muestran con evidencia, que haciendo padecer á un justo, lo hace al fin triunfador de la maldad, pues vemos á Golo suspirar de temor, y Genoveva engolfada en el Divino amor. El se confundia en los horrores de su castigo, al tiempo que ella se perdia en los dulces éxtasis de la soledad. Esto no es nada, que presto veremos como Dios se sirve muchas veces de la malicia de los malos, asi como nosotros de las vívoras y serpientes, que para sacarlas

en veneno las machacamos las cabezas. Habiendo el Palatino premeditado el castigo digno de tan enorme delito, convidó para la cercana fiesta de los reyes á todos sus parientes y amigos, y á un mismo tiempo entregarles á Golo, á cuyo efecto hizo aprestar un muy suntuoso banquete, á quien todos los elementos contribuyeron de muchos y diversos regalos; y Sigifredo, queriendo contribuir por su parte, resolvió de disponer una caza en que se habian de hallar los convidados. Concurrieron todos el dia destinado, que fué vispera de la Epifanía, al tiempo que la aurora comenzaba á disipar las tinieblas de la noche, y despues de haberse saludado con recíprocas muestras de amistad, partieron con grande aparato de perros, redes, azores,alcones, y otros requisitos necesarios para aquel exercicio, á comenzar la caza. Desde el castillo al bosque habia media legua de distancia, campiña llana, muy amena y hermosa, adonde los lebreles comenzaron á perturbar el reposo de las liebres, los podencos el de las perdices, los bracos el de las astutas raposas, y todos juntos buscaban su sagrado en lo escabroso y aspero de aquel monte. En él entraron nuestros cazadores con

muy bien ordenados aparatos venatorios, y á pocos pasos el caudillo de ellos encontró con un venado (era la cierva, en fin, ama de leche de su dulce Tristan), y el Palatino, juzgando y fiando en su destreza tener la presa muy segura, fué á executar el golpe con su dardo; pero la cierva, dando un morro, comenzó muy veloz su curso huyendo: guiábalo por ásperas y escabrosas veredas hácia el antro dichoso de nuestra Genoveva: mas viéndose la cierva perseguida, volvió la vista airada, que parecia reprehender al Conde, y decirle: pues cómo, cruel, y más que bárbaro enemigo, no bastaba el haber consentido en la muerte de tu propia esposa, y de tu propio hijo, que á mis propios pechos he alimentado más de ochenta meses? Es aqueste el salario que he ganado, quitándome la vida? Deten, ingrato, el golpe detestable, y advierte que tus saetas serán de poco efecto, pues Dios me tiene reservada para mostrar al mundo verdaderos efectos de su bondad y providencia. Después de haber sido perseguida más de legua y media, llegaron al antro sagrado de nuestra Santa. Allí fué adonde el Conde juzgó hacer segura presa, y cumplir su deseo

Pero al tiempo que quiso executar el golpe, descubrió que la Cierva se habia refugiado cerca de un bulto, que al Conde parecia ser algun Fauno de aquel monte. Afirmó mas la vista, y descubrió ser una muger, sin otra vestidura que una espesa crespada de cabello que cubria todo su cuerpo: llamóla el Conde que saliese fuera; pero ella respondió que no la permitian los términos de la honestidad mostrarse sin primero cubrir sus carnes. O Santa, y nunca bastante-mente alabada Princesa! Conoces á tu esposo (como en fin le conocio luego), y haces dificultad de llegar al que otras veces con los brazos abiertos acariciabas? Arroja el gaban, y obedeció la Santa al mismo punto.

Admiróse Sigifredo de ver un tal espectáculo y Genoveva de ver á su marido, contemplando en la bondad Divina que con tanta dulzura disponia mostrar efectos de su providencia; y haciendo brecha al alma de Sigifredo la memoria de su dulce esposa, preguntóla su nombre, patria, y la razon de estar en aquella espantosa soledad.

Señor (respondió nuestra incògnita), yo soy una pobre muger, natural de Brabante,

que la necesidad la ha obligado á retirar en este rincón del mundo, por no haber podido hallar apoyo en otra parte, bien es verdad que he sido casada con un hombre, que si su voluntad se hubiera ajustado á su poder, pudiera haber sido dichosa; pero una ligera sospecha que tuvo contra mi honestidad, le hizo consentir á mi ruina, y á la de un niño, que no fué concebido con el pecado que me imputaron. Y si los criados que tenían orden para hacerme morir se hubieran precipitado para executar la sentencia, asi como se precipitó con poca prudencia el que me condenò, yo no hubiera vivido siete años en este desierto, adonde no he debido asistencia alguna de los hombres, sino es de los elementos ayudándome la tierra con raizes para prolongar mi vida, y mis miserias, á que tambien ha contribuido el ayre, y el agua.

Entre tanto que Genoveva hablaba de esta suerte, las potencias del alma de Sigifredo daban á entender á su corazón que aquella era su Esposa. Inquiriendo su vista muy atento, por no poder descubrir señales de ella, ayudaban sus suspiros para afirmar y sacarlo de duda, mas no se resolvía á creerlo, considerando que tanta austeridad

hubiera aniquilado y consumido una tan débil y delicada complexion; además de esto, conocia que la astucia y malicia de Golo no hubiera permitido dexar con vida á la que tanto habia aborrecido. Mas no por eso dexaba el corazon de incitarle, diciendo que una sospecha habia causado todo su mal; que era de Brabante; que su marido era persona principal, y que han conjurado contra su vida. Todas estas señales hacian en el pecho de Sigifredo grande fuerza. No era menos la del amor, diciendo: Ese rostro que las miserias han desfigurado dá muestras evidentes de asegurar lo que presume. En fin, se resolvió Sigifredo (su corazon palpitando) á preguntar, diciendo: Decidme, amiga, vuestro nombre: Yo, señor (dixo) me llamo Genoveva. Apenas acabo de pronunciar el último acento de tan dulce palabra, quando saltando del caballo la cogió entre sus brazos, diciendo tiernamente: Eres tú mi querida Genoveva? Eres tú la que he llorado tanto tiempo por muerta? Quándo esperaba yo tener tal dicha de tenerte ahora entre mis brazos? Hallandome corrido y vergonzoso me hallé en la presencia de la que he perdido de la vida, solo con el consenti-

miento y voluntad poco discreto. O mi querida hija! perdona á un delincente que confiesa su falta, y reconoce tu inocencia. Disponed de mi vida, pues tantas veces os he privado de la vuestra; y así, mi dulce Genoveva, no deseo vivir mas de lo que gustareis. Asentada cosa es que los extremados dolóres y alegrías impiden de llorar, atajando á las veces el uso de hablar, digolo porque este primer asalto hizo este efecto en entrambos, quedando como dos estatuas de mármol. Genoveva contemplando por qué suaves caminos y modos milagrosos la Providencia Divina restauraba su honor. Y Sigifredo admirado no se hartaba de mirar el rostro que tanto en otros tiempos habia adorado, que ya respetaba como cosa sagrada, augusta y santa; y que no habian consumido tanto los trabajos, que no se mostrasen algunos indicios de su pasada hermosura, donéndose de haber perseguido la virtud que encerraba un cuerpo tan hermoso y noble. En fin, vueltos en sí, la primera palabra que el Conde pronunció fué preguntar por su querido hijo: Adónde está, amada Genoveva, el hijo de un padre, que mas que malicioso ha sido desdichado? Entonces Genoveva, conociendo por sus

lágrimas las aflicciones de Sigifredo, para aquietar su espíritu afligido, con palabras tiernas y cariñosas le habló de esta manera:

Hijo querido, y amado Sigifredo, apartad de vuestro espíritu el recuerdo de mis miserias, y el de vuestro error, pues no tenemos otra medicina para curar nuestros males que ponerlos en olvido, considerando que Dios nos ha reservado hasta ahora para gozar los frutos de su misericordia; y así no rehusemos los que nos presenta la bondad divina. Por lo que toca á mis intereses, yo perdono de todo corazón á todos los que han procurado mi mal, y con mas razón á los que con engaño lo han solicitado. No penseis, amado esposo, que yo tenga algun sentimiento contra vos; que si me habeis aborrecido como á una criminal, jamás he sido yo la causa de vuestro odio. La falta que habeis cometido ha sido para mí ventajosa; vivid en buena hora, mi Sigifredo, pues Genoveva, y vuestro hijo viven. Y cierto que Sigifredo tuvo harta necesidad de esforzarse para moderar tan grande alegría; y la que poco despues le aumentò el niño fuè excesiva, que volviendo cargado de yerbas y raices para el

sustento de su pobre madre, y descubriendo un hombre, y un caballo que estaban cerca de ella, se puso en huida temeroso de ver en aquella espesura lo que jamás en ella habia visto. Su madre le llamó diciendo, que allí estaba su Padre. Para exagerar el placer de Sigifredo, no me juzgo tan diestro como lo fué aquel gran pintor, que con un velo sutil cubrió el dolor de Jefeete, para evitar el ver sacrificar á su hija. Y así de quantos placeres puede tener un padre se puede contar por el mas excesivo el que en esta ocasion tuvo Sigifredo con su hijo. La abundancia de lágrimas (causadas de alegría) que derramó en su rostro; los melifluos besos que en su boca dió, y los tiernos abrazos, mezclados con caricias dieron bastantes muestras de querer satisfacerse, y pagarse por junto de la deuda que con tanta ánsia (habia ya siete años) esperaba cobrar. Dexemos á Tristan en los brazos de su querido Padre, que no le estorvó de convocar á sus cazadores, que concurrieron al son de la corneta á ver efectos de una caza jamás imaginada. Reconociendo atónitos una muger salvage, y un niño que en los brazos apretaba Sigifredo tiernamente; pero lo que mas les

admirò fuè ver que los perros estaban retozando con la cierva, y que aquella muger fuese la señora que tanto tiempo la lloraron por muerta. La hembra del árbol de la victoria, quando por algun accidente se vé separada del macho, se marchita de modo que parece estar seca; pero si por ventura vuelve à abrazar las ramas de su consorte, tambien vuelve á cobrar su vigor y lozanía. Así pues, Genoveva, que por medio de tantas calamidades tuvo tiempo de perder su belleza, al mismo punto que vió á su amado esposo, la cobró enteramente, pues sus criados mismos luego la conocieron que de alegría de ver á su Señora lloraban tiernamente algunos de ellos. Fueron luego al castillo à traer una litera y algunas vestiduras, á quien con paso lento, y sumo gozo siguió la compañía, excepto Genoveva, que mostrò poco gusto en dexar su morada, porque asi sus palabras lo dieron á entender, que fueron estas.

A Dios sagrada gruta, y dulce alvergue, que has celado mis males tanto tiempo, por alquiler te doy mil bendiciones, y ruego al alto Dios, que no permita que seas profanada, ni sirvas de retiro para facinerosos vandoleros. A Dios frondosos olmos, ayas,

pinos y fresnos, que habeis con vuestras ramas y hojas compuesto un pavellon, ò toldo, para que el sol con sus ardientes rayos no me fuera molesto: Ruego á mi Criador, que no permita que algun mal temporal marchite vuestras hojas, que segur, ò bacha llegue à herir vuestros troncos. A Dios, querida fuente, cuyas aguas me han servido de dulcísimo nectar muchas veces: Ruego al Dios Soberano no permita que alguna serpiente maliciosa arroje su ponzoña en vuestras claras ondas. Quedaos con Dios, mis pajarillos, que con vuestra harmonía y dulce canto habeis mis sentidos recreado, y á mi amado Tristan entretenido: Permita nuestro Dios preservar de Falcones, Azores, y de lazos vuestra simple inocencia. A Dios Leopardos, Osos, Javalíes, y todas esas fieras que me han servido de dulce compania en mi destierro: Ruego á mi Criador permita reservaros de astutos cazadores, de dardos y de flechas, y á Dios quedad.

Con verdad se puede decir que toda la floresta mostraba sentimiento de ver partir à nuestra Santa: la caberna se mostrò mucho mas lóbrega: el arroyuelo entonaba quejoso su murmullo, acelerando extraor-

dinario el paso, los vientos parecia lamentarse; pero los pajarillos que hasta el umbral del bosque fueron acompañando á nuestra Genoveva, dieron (con triste y ronco canto) evidentes señales de tristeza por su ausencia y pérdida que hacian. Solo la Cierva seguia muy alegre á Genoveva, sin apartarse de ella. Habrian caminado cerca de una legua, quando encontraron los criados que habian ido á buscar la litera, quedando sin persona el castillo, que todos concurrieron muy alegres para ver con sus ojos á la que tanto tiempo habian llorado por muerta. Llegados que fueron cerca del castillo, vinieron al encuentro unos pescadores con un pez de tan extremada grandeza, que jamás vieron en aquellas partes los nacidos: presentáronlo al Conde; pero al tiempo de escombrarlo hallaron en el buche el anillo que Genoveva arrojó (como arriba está dicho) en el Mosela. Este nuevo prodigio causò admiracion á todos, y mucho mas al Palatino que no cesaba de dar gracias á Dios, que permitia que los mudos hablasen para hacer mas notoria la inocencia de su querida esposa. No es este el primer prodigio que se ha visto, porque un rey de Samaria habiendo

arrojado en el mar una esmeralda, la hallaron debaxo de la lengua de un pez que le fué seis dias despues presentado. Casi en los tiempos de nuestra Genóveva, San Arnolfo, abuelo que fué de Carlo Magno, un anillo que habia arrojado en el mismo río Mosela lo volvió á cobrar, hallándose tambien en un pescado, con que estas aguas muestran con evidencia tener inclinacion al sagrado culto de la justicia.

O Bondad Divina, que á au mismo tiempo descubres la inocencia perseguida, la calumnia aniquilada, la crueldad convencida, y atropelladas las miserias con que podemos contemplar la mudanza de la fortuna, ò por mejor decir los efectos de la Providencia Divina, claramente nos lo muestra Genoveva, que se vió por medio de tantas delicias servida y estimada en su palacio; luego en un oscuro calabozo, y despues en un espantoso desierto, necesitada de todas cosas; y lo peor de todo, y que mas la affigia, verse imputada de un infame delito que solo la sospecha pudiera servir para una dama honrada de martirio y tormento. Ya vemos á la nuestra libre de la calumnia, y asi como á las veces el Sol se muestra exento del rebozo que las

nubes opacas estorbaban su luz, de la misma manera vemos ya disipada la obscura niebla que ocultaba el candor de nuestra Genoveva, que ya se vé adorada como una Santa; què es lo que os parece? No diremos ahora que Dios es bueno y justo?

Todos los deudos y amigos de Sigifredo concurrieron alegres á ver su amada parienta, no cesando de dar gracias al Cielo, que por modos tan milagrosos la habia conservado, y juntamente descubierto la alevosa calumnia, quedando vencedora la cándida inocencia. Unos saludaban la madre, otros besaban y abrazaban al niño tiernamente, durando una semana entera el gozo: solo se opuso el sentimiento de ver à la Condesa, que no podia gustar de otros manjares que yervas y raices, si bien mejor acomodadas de las que usaba en el desierto.

Pasados de esta manera algunos dias, mandó el Palatino sacar de la prision al Mayordomo, y traerlo à su presencia, que entrando en la sala, adonde se hallaba la Princesa con toda la nobleza, los terrores de su mala conciencia asaltaron su perfidia, viendo que ya sus mañas eran de poco efecto, no pudiendo negar el crimen de

que los hombres, las fieras y los peces eran buenos testigos. La esperanza de un perdón le parecía nuevo delito: los temores por los tormentos: la imagen de la muerte le hace pasmar: la bondad de Genoveva le anima á una gracia; mas su mala conciencia lo amenaza de ser indigno. La piedad lo hace esperar; pero su crueldad lo hace desesperar; la amistad pasada del Conde lo anima; pero su justa indignacion lo desanima. Persuadese que lo perdonarà, pero los ojos, la voz y semblante airado de Sigifredo no muestra mas que amenazas y crueles castigos; y en fin, entonces, sin osar poner los ojos en la que tanto habia ofendido y lastimado, cayó á sus pies desmayado; pero el Conde encendido en cólera le dixo mil injurias, y condenò á morir.

Aquí fuè adonde batallaron la bondad y malicia; y la prudencia y la astucia; la compasion y crueldad; la suavidad y passion: y últimamente la clemencia de Genoveva, compadeciéndose de un afligido, procurò revocar la sentencia, hablando así á Sigifredo.

Mi amado y querido Sigifredo, aunque los accidentes de los buenos sucesos no

justifican las malas intenciones, no por eso me estorvará de pedirlos la vida de Golo, por haber sido parte de los bienes que al presente poseo: yo confieso que sus procederes han sido poco justos; pero tambien hallo que vuestra bondad le puede perdonar: y si vos, Señor, considerais las ventajas que he conseguido, espero que vuestra misericordia vencerá à vuestro enojo; no quiero disfrazar su falta para hacerla hermosa, antes confieso que Golo ha ofendido á Genoveva, y ha procurado privarla de la vida y honra. A questo supuesto, á mi me toca procurar la venganza, si vos decis que sois tambien interesado, tambien os toca complacer á mis deseos, que son de procurar la vida de Golo. Espero dulce esposo, de vuestra bondad esta gracia; permitid que yo pueda añadir á mis pocas virtudes la gloria de la cosa, que me es mas sensible, que es dar la vida à quien ha procurado (por muchos medios) privarme de la mia; que si estás resuelto á castigarlo, no hallarás (segun mi opinion) mayor castigo que dexarle vivir, pues el remordimiento de su conciencia le suministrará tantos verdugos, como atroces tormentos; y en fin, querido esposo, yo gusto de que viva,

y que à estas lágrimas compasivas que vierto, agradezca su vida.

Quién no se rindiera á los piadosos ruegos de tan dulces lábios, con que los circunstantes comenzaban à tener esperanzas de perdon, no pudiendo este discurso (sin causar admiracion) contradecir à lo que todos esperaban; pero Golo, echándose à los pies de Genoveva, habló de esta manera:

Ahora, piadosa Señora, es quando mejor reconozco la bondad y candidez de vuestra alma, y la aleve y maliciosa mia: quièn pudiera esperar, que aquella á quien tantas razones la obligan á mi ruina, haya de procurar mi salud? O miserable de tí, Golo! Tú eres indigno de la vida, pues has querido arrebatár la preciosa de esta Santa Princesa. No, no, no mi Señora, dexadme morir, que mis grandes congojas no pueden excusar mi ofensa, y así es necesario que el rigor de una afrentosa muerte venga tanta crueldad; adonde las lágrimas son inútiles, la sangre es necesaria; y pues que no puedo merecer perdon, permitid, Señora, que yo padezca el suplicio: yo confieso haber intentado robaros el honor; la fuerza de la pasión me pudiera servir de

excusa, y despues de haberos resistido á mis torpes deseos, he calumniado vuestra inocencia; delito muy atroz, mal se puede olvidar. Yo no me he contentado de haber puesto en sospecha vuestra virtud; pero tambien he procurado de quitaros la vida, y asi no hallo razon para merecer gracia; no dudo que vuestra grande bondad me la consiga; pero hallándome indigno, no la deseo: solo amada Señora, os pido que despues de mi muerte, mueran en vuestra memoria mis alevnes acciones, y que mi sangre apoque qualquier resabio de vuestro corazon.

Despues de haber hablado estas razones, ò por mejor decir de haberlas sus sollozos atajado, derramaron sus ojos tantas lágrimas, que parecia deshacerse á los pies de la Princesa, mostrándose tan compasiva, como Sigifredo riguroso; permitiendo la justicia divina, para exemplo de los hombres, endurecer su corazon, que necesitaba de toda la bondad de su muger para inclinarse al perdon: y asi confirmó la sentencia: y queriendo castigar los delitos enormes con tormentos inguales, se puso á premeditar los mas crueles: unas veces intentaba hacerlo devorar por sus mastines;

otras, juzgando que su delito se habia originado de los infames fuegos de amor, le parecia envolverlos con las cenizas de su propio cuerpo; ò bien apagarlos dentro de las corrientes del rio: todos estos gèneros de castigos eran grandes; pero sus delitos no eran menos enormes, y Sigifredo se juzgára poco satisfecho, si los deseos de su venganza no tuvieran algo de extraordinario; y ùltimamente se resolviò de hacerlo morir en esta manera: tenia entre la manada de su ganado quatro bueyes silvestres, criados en la Selva que llaman negra, que haciéndolos ayuntar coda con coda, amarrado á ella el miserable Golo de piernas y brazos, le dividieron en piezas, quedando aquellas infames reliquias (por justos juicios de Dios) para pasto de los cuervos, permitiendo que cuerpo tan aleve fuese tratado como lo habia sido en vida su alma.

Este castigo padeciò el desdichado por haber sido primero dichoso; y estos son los frutos que produce la maldad: estos son los fines adonde nos encamina una maligna pasion: estas son las tormentas adonde los vientos de la prosperidad nos precipitan; y ùltimamente son los juegos de la

fortuna, que lisongea nuestras esperanzas, para despues burlarse de ellas; y asi, aunque nos muestre buen semblante, no hay que fiar de ella. Las Sirenas, y Panteras hacen lo mismo, convidándonos (con amorosas quejas) para perdernos, y los suspiros del Cocodrilo, para matarnos; si ella resplandece, sus rayos abrasan. Y asi contaremos á Golo entre los que esta traidora ha arruinado; su estado era harto dichoso, si lo hubiera moderado, y si el favor no lo hubiera aventurado. Gozaba su vida de una segura tranquilidad; y si examinamos atentamente su desdicha, hallaremos que fuè la grande autoridad que habia adquirido en casa de su Señor, de que se siguiò la libertad de desear lo que no debia de amar sin respeto, lo que habia de venerar; de donde procediò una insolente demanda sin suceso, un odio sin alguna razon, una calumnia precipitada, y últimamente un castigo sin misericordia. Y si volvemos à considerar la Princesa, veremos la virtud aniquilada, pero para mayor gloria suya: la constancia agitada, pero para mas fortalecerse; la santidad menospreciada, pero para mas gloria suya: y además de esto, conoceremos que los triunfos del vicio son

breves, y su confusion eterna. Y no es la primera vez que nuestro Señor ha retirado las causas de los inocentes de debaxo la cuchilla del verdugo, para coronarlas.

Todos los que habian sido cómplices en la maldad de Golo, fueron severamente castigados á proporcion de sus faltas, y los que favorecieron á la afligida Señora, fueron recompensados largamente. La pobre muchacha, que tanto se compadeciò llevándola á la prision tinta hallò su salario en mejor parte que en papel. Uno de los que habian dado la vida á la Princesa, cogiò el fruto de su piadosa accion; pero el compañero quedò privado de èl por haberle la muerte privado de la vida; y en fin, todos aquellos que amaban la virtud, fueron llenos de gozo y regocijo.

El niño Tristan reconocia la mudanza de la fortuna, viendo lo áspero del desierto mudado en suaves delicias, y si primero no hubiera sido desdichado, no hubiera sido despues dichoso; pero no por eso dexò de moderar sus deleytes, aplicándose al estudio de todas las ciencias que ilustran, y esclarecen la nobleza: no se observaba en él cosa que contradixese á su sangre, por haber sido criado entre tantas miserias, ni

por haber conversado con los osos se reconocia en èl algo de feroz. Sus padres estaban llenos de placer, viendo al hijo tan bien inclinado, ayudàndole con buenas instrucciones: nacia de la concordia (que habia en esta casa) paz general, contemplándose por muy dichoso cada uno de los criados, viviendo satisfechos en su siglo tan dorado.

Nadie se hallaba descontento, olvidando las pasadas tristezas: solo los merecimientos de Genoveva eran poco recompensados, porque la tierra que la habia hecho padecer tantas miserias, no tenia medios para satisfacerlo: solo el cielo cuidadoso pensaba en premiar su paciencia: con esto se puede comprehender, que quiero tratar de la muerte de nuestra Santa Princesa.

1. Nuestro Señor, resuelto de privar al mundo de este rico tesoro de virtudes, diò aviso à nuestra Santa de esta manera: Un día estando en oracion, la parecia ver un grande esquadron ordenado de doncellas, y santas mugeres, que guiaba su Abogada la Reyna de los cielos. Asombrò á nuestra Santa su grande resplandor y magestad: y sosteniendo las doncellas, no cesaban de presentarla palmas y ramilletes de flores.

Tenia una rica corona en la mano, de preciosas joyas engastada, y la parecia hablar con ella en esta manera: Ya mi hija querida, es tiempo que comiences á gozar de los placeres eternos. Veis aqui una corona de oro, que os he preparado, para que la pongais en lugar de esa de espinas que hasta ahora habeis llevado: recibidla de mi mano. Muy bien comprehendió Genoveva la significacion de esta visita, que la causò un admirable gozo. No quiso revelarlo á Sigifredo, temiendo aguar el suyo: encubrió su prudencia la causa, pero la indiscreta enfermedad la descubrió, porque á pocos dias la sobrevino una aguda calentura, que indicaba, mejor que la vision, el fin que deseaba. Afligióse Sigifredo, viendo á su santa esposa en tal estado, y con tierñas quejas decia: Pues por qué, mi Dios, permitis que tan poco goce de este tesoro? Bien es verdad, y reconozco que sois mi Dios, y muy justo, pues no me privais de otra cosa, sino de lo que vuestra misericordia me ha conferido sin merecerlo; pero yo mas quisiera estar totalmente privado, que gozarlo tan poco. No os aflijais, Sigifredo, que aun no es tiempo de llorar, conservad vuestras lágrimas para luego, reservándolas

para dolor mas justo: resolveos de agotar todo el humor de vuestros ojos, porque será verguenza el no hacer sentimiento por pérdida tan grande. Los pequeños dolores se pueden quejar, pero los grandes no tienen boca, quiero decir, que quando alguno puede declarar su mal, el sentimiento no es tan excesivo, ni el dolor tan grande.

Ya nuestra Genoveva parece estar muerta, extendida en su pobre lecho, sin algun vigor ni movimiento; sus ojos no son mas que dos eclipsadas estrellas: su boca no tiene ya rosas: sus mexillas han perdido sus lirios. O quien pudiera juntar al rededor de aquesta cama las vanas hermosuras de este siglo, para bien contemplar su miserable fin! Verian claramente la afectada pasion, y las cenizas del fuego que abrasa al mundo; verian tambien un exemplo de lo que deben ser, y una imágen á quien se han de asemejar; y asi no hay sino daros prisa á obstentar vuestras beldades, que presto la muerte las transformará en hediondeces y gusanos; pero yo me engaño, que Genoveva no es muerta, solamente un parasismo ha retirado por un tiempo su alma. En fin, volviendo en si, dando á entender que la naturaleza no tiene mas vi-

gor, sino la ayudan con algunos remedios para expeler su mal, á que acudia con cuidado Sigifredo, sin reservar cosa alguna por difícil que fuese; pero no obstante, Dios tiene prevenida su partida, y asimismo su estómago, que no puede sufrir otro confortativo que yerbas y raíces, que aumentan la calentura, y aceleran el paso de la muerte. La buena Princesa bien lo conocia, y tambien lo deseaba, que hizo llamar á su hijo, y le echó su bendición; despidiòse del Conde con estas razones amorosas.

Mi amado Sigifredo, veis aqui como vuestra querida Genoveva se và á morir; y tened por cierto que el mayor sentimiento que tengo en dexar esta vida, son vuestras làgrimas; cesad, querido esposo, de llorar, y partirè contenta; asegurándoos, que si la muerte me diera lugar, yo os mostraria (por menosprecio de lo que perdeis) la poca razon que teneis de sentir vuestra pèrdida; y pues el tiempo me apura, y no me quedan mas que tres suspiros, os dirè una sola palabra, que es que lloreis todo lo que merezco, y así llorareis poco, no obstante os protexto, que olvidando estas pocas cenizas que acá dexo, os acordéis de

que me voy al Cielo à escoger un lugar para que ocupen el esposo y la esposa, y puede ser que Dios me llame ahora para este efecto; y à Dios quedad, amado esposo, tened á Tristan por muy encomendado.

Despues de estas dolorosas palabras, todo lo que su debilidad la pudo permitir fuè confortar su alma con el divino pan, que apenas recibió en su boca, quando mirando al Cielo atenta, adonde ya su corazon estaba, con un amoroso suspiro exhalò la alma el segundo dia de Abril del mismo año que fuè hallada, y reconocidos los mèritos de su paciencia. Apenas el niño vió à su querida madre muerta, quando arrojándose á ella dió tan lastimosos gritos, que con ellos atravesaba los corazones de los circunstantes, no siendo posible apartarle de allí, quedando frustradas las diligencias que para ello hicieron. Por otra parte Sigifredo, arrodillado, puestas sus manos en las de su santa muger, las bañaba con dolorosas lágrimas. Los criados estaban al rededor como estatuas, que parece los habia el dolor convertido en mármol frio; y siendo necesario dar à la tierra lo que la alma de Genoveva la habia de-

xado por herencia, se aprestaron para enterrar su santo cuerpo, que lo hallaron cubierto de un áspero silicio, que fuera capaz solo para consumir sus delicadas carnes, y al mismo tiempo que comenzaron á levantar el atahud, comenzó Sigifredo á dar tan lastimosos suspiros, bañados en lágrimas, que facilmente pudieran apagar las hachas que acompañaban esta fùnebre pompa, toda llena de llanto; y ùltimamente, despues de haber depositado en la Iglesia aquel bendito cuerpo, tambien depositaron padre é hijo sus corazones en el mismo sepulcro. El sentimiento pasó de los hombres á las bestias, pareciendo dar lastimosas quejas; los pajarillos con cantinelas tristes, que se oian de aquel triste castillo; pero lo que causó mas admiracion fuè que la Cierva que con tanta fidelidad habia servido á la Condesa en su vida, tambien quiso en su muerte mostrar efectos de su excesivo amor. Dicese que este animal echa (quando muere) una grande lágrima, con que se puede creer que debió de morir mas de una vez en el traspaso de su amada Señora; fuè compasiva cosa ver que seguia al cuerpo, dando dolorosos bramidos; pero lo que mas admiró

fué que jamás la pudieron volver á casa, velando noche, y dia á la puerta del templo á su buena Señora; los criados llevaban heno y grama; pero no fué posible el hacerla comer; probò tambien el niño, juzgando que de sus manos acaso comeria por ser acostumbrada en el tiempo pasado; pero fué en vano, queriendo á compañiar mas presto, con morir, á su amada princesa. Llevaron al Palatino la nueva como la Cierva era muerta, y lloraba de la misma manera que si su muger volviera otra vez á morir. Sigifredo, por mostrarse grato á su fidelidad, hizo esculpirla de mármol blanco, y la puso debaxo los pies de Genoveva en su monumento; pero todo esto no le servia de algun consuelo, ni decirle que la naturaleza estaba ya pagada, y que era tiempo de entender la razon. Los remedios para curar su dolor le causaban otros nuevos; si le decian que aquel llanto tan excesivo no era por el amor de su esposa, sino por aborrecimiento de si mismo, respondia que la pérdida de una tan santa muger no podia ser lavada, si no fuese con grande exceso llorada, no bastando medios para dexar de buscarlos en aumento de su dolor; y su mas agradable idea era

representarse à su Genoveva. Si iba à la Iglesia, era para hacerla un sacrificio de làgrimas, y en volviendo à casa todo era hablar de las cosas que la habian servido. Allí está (decia) el camarín de mi Genoveva, allá está su lecho, mas allá está su espejo, y mirando dentro de su cristal, buscaba el rostro de su querida esposa; llamábala diciendo: Genoveva? Genoveva? Ah Genoveva? Mas nadie respondia. Desde su quarto iba al jardin, adonde, otras veces habia pasado su tiempo; pero ya no lo era para buscarla allí, sino en los pensiles celestiales; si la alma de la Santa era capaz de otra pasion que de la gloria, se hubiera compadecido de la profunda melancolia de Sigifredo y sin duda lo remediàra su amor, considerando ser ella la causa. Una tarde, estando engolfado en el pièlago de sus ordinarias imaginaciones, entró un page diciendo que estaba un Hermitaño á la puerta, pidiendo se le diera por caridad aquella noche alvergne. El Conde, que jamàs tuvo para obrar de piedad cerrada su puerta, ni para desechar de ella las buenas acciones, se olgò mucho de encontrar con aquesta ocasion, y mandò luego que lo hicieran subir. O Sigi-

fredo! Bien te puedes contar por muy dichoso, pues abriendo vuestra caridad la puerta de vuestra casa, hallareis las puertas de la eternidad abiertas, y podrá ser que este reencuentro sirva para haceros poseer la gloria eterna! Entre tanto que se aprestaba la cena, estuvieron discurrendo de varias cosas; propuso el hermitaño, como lo ordinario de este mundo era estar siempre alternando los gustos y pesares; y si bien estos discursos eran molestos, le parecian á Sigifredo suaves: llegó el tiempo de cenar, y hizo sentar á su convidado en cabezera de mesa, y aunque su modestia lo reusaba, la virtud y términos corteses de Sigifredo vencieron á aquella urbana porfia, reparando mas en la dignidad que en los vestidos; y en fin, sentados, y cenando, reparó el religioso que Sigifredo no hacia mas que suspirar, sin comer de manjar alguno, y juzgando que solo con suspiros se sustentaba, le obligó á preguntar la causa de su dolor. El conde (que todo su consuelo era hablar de su querida Genoveva) le hizo relacion de toda su lastimosa historia; y últimamente le dixo. No os parece, padre, que tengo razon de llorar eternamente la pérdida tan preciosa

que he tenido? Cierro, Señor (respondió el religioso) que sería menospreciar la mas justa ley de la naturaleza el reusar las lágrimas á quien las merece por derecho. La paciencia permite quejarse, mas no permite murmurar, vos teneis razon de quejaros; pero decidme, Señor, cuánto tiempo ha que la Señora es muerta? Habrá seis meses (respondió Sigifredo): perdonad si os digo (repitió el religioso) que dura mucho vuestro llanto, ò que es flaco vuestro ánimo; porque quando las lágrimas duran tanto, parece exceso. Eso sería, Padre mio, si hubiera yo tenido una comun pérdida; pero habiendo perdido en Genova una muger, y una Santa, parecíame que con razon debo llorar eternamente, y quejarme. Eso mismo (dixo el hermitaño) os debe consolar; enjugad vuestras lágrimas, y permitidme (si gustais) que yo discurra un poco con vuestro dolor, examinando su justicia. Vos habeis perdido una muger; decidme: Què seguridad teniais de poseerla siempre? Y si os han arrebatado una Santa, què derecho hallareis para gozarla eternamente? Poco habeis experimentado las cosas del mundo, pues ignorais que el hombre ha de

morir una vez. Vuestro entendimiento es muy esclarecido para pedirle á la muerte un privilegio que solo toque á los espíritus. A qualquiera parte que volvemos los ojos, no vemos sino lùgubres lutos, tùmulos de huesos, epitáfios fùnebres, y otras cosas que nos indican ser mortales. Los Principes Soberanos tienen algun poder sobre la vida, mas no sobre la muerte, cuyos intentos crueles son procurar derribar un trono, de romper un cetro, y conculcar una corona, para hacer su poder illustre y temeroso. Aunque nazcamos entre pùrpura, ò entre telarañas, aunque habitemos en alcázares ò vivamos en chozas, siempre la muerte nos ha de hallar. Los grandes señores en el modo de vivir pueden ser privilegiados; pero en el de la muerte no valen privilegios. Yo me convengo con las razones que os son asáz manifiestas de temor, que mis consideraciones no sean muy generales. Què razon hallareis de extrañar que una cosa mortal sea muerta? En esto no teneis que controdécir, sino que fuè acelerada, de suerte, que quisierades que la muerte hubiera sido (para complacer á vuestros deseos) mas discreta. Bien sabeis, Señor, que ha nacido

para ruina de la naturaleza; y así no hay que esperar favor alguno de su crueldad, sino es el de hacernos morir apriesa, para menos pensar; si este conocimiento ha llegado á penetrar vuestro espíritu: de donde nacen vuestras murmuraciones, diciendo que una muger no ha vivido mas de lo que debia vivir, y que ha vivido poco por no penar mucho, y esto mismo os diria ella, si la pudierais entender. Vos decís que no es la muerte de una muger la que os aflige, sino la de una Santa, que pudiera acá llenar la tierra de buenas acciones y exemplos, y adquirirle en el Cielo una mayor corona de gloria. Teneis acaso por seguro que el que ha comenzado á vivir bien ha de acabar en bien? No pudiera ella resvalar, y poner en peligro de ladrones los ricos tesoros que habia acumulado? Y si ella estaba en gracia, su naturaleza era frágil: si su piedad estaba apoyada, tambien estaba peligrosa; y si su voluntad estaba constante, no por eso dexaba de estar sujeta á inconstancia. Qué sabeis vos, si Dios (que no tiene otros pensamientos que cuidar de sus criaturas) ha atajado el paso para evitar no manchase sus acciones virtuosas? Creedme,

Señor que la virtud y el vicio se siguen, como el dia à la noche, de que puede proceder la luz para aniquilar las tinieblas. Bien creo que los merecimientos de esa que tanto llorais no se podian mudar sino con un grande prodigio, pero tampoco me podreis negar que se habian de conservar milagrosamente; y así no hallo razon para murmurar contra Dios, porque no conserva una cosa que podiais perder. Considerad el poco derecho de vuestras lágrimas, y tendré por seguro que mas presto os resolvereis à seguir vuestra muger, que esperar que ella vuelva adonde vos estais. Su exemplo muestra conformarse con la voluntad divina, dexándoos con su obligacion de imitarla; su constancia no gusta de que lloreis mas, que ella misma os lo diria si la pudierais entender; esto es lo que os aconseja una persona que no la mueve otro interes que el zelo de la caridad, y el deseo de vuestro reposo; buscadlo en los honestos exercicios de la caza, en visitas y recreaciones, que no os pueden perjudicar si los exercéis con la moderacion que se debe esperar de una persona à quien la virtud le debe estar encomendada por ley de naturaleza,

y sobre todo, buscadlo en Dios, que es seguro y verdadero centro de nuestros corazones.

El Palatino comprendió todo este discurso, sin que se le escapase una sola palabra, sirviéndole de medicina lo que el tiempo mismo le habia reusado. Despues de haber cenado, y razonado un rato, se retiraron cada uno á su estancia. A la mañana preguntò Sigifredo por el Padre, y los criados le dixeron que lo habian visto pasear en el Jardin, adonde acució curioso para gozar de su agradable conversacion: mas no hallándole, se persuadió á que no habria partido sin primero dar muestras de algun agradecimiento; pero viendo que habia pasado el dia sin verlo, no sabia á que atribuir su partida sin primero haberse despedido. Admiròse quando los Criados le dieron á entender que habia dexado su hábito en su estancia; pero quedò muy mitigado su dolor con la plática de la noche antecedente. Desde entonces toda la amargura de sus pasadas pasiones se convirtieron en suavidad y dulzura. La caza y volatería le contribuian grande parte de sus contentos, juzgando que las redes y lazos pudieran expeler su dolor. O bondad

del Cielo, que con tanta atencion (reconociendo nuestras inclinaciones) las guia para mayor beneficio nuestro.

Un dia, estando el Conde resuelto de correr un ciervo que habian descubierto por las huellas, convidò á los caballeros de aquella comarca á este recreo, á cuyo fin entraron en el bosque, y á pocos pasos dieron con el Venado, y siguiéndolo, los guiò (por permission del Cielo) á la gruta que fuè morada por siete años de Genoveva, causando admiracion ver aquel animal refugiado en medio de ella, sin que los perros osasen ofenderlo; y si bien procuraron animarlos á la presa, no fuè posible el hacerlos mover, que parecia encanto, ò detenerlos algun brazo invisible. El Palatino se apeò del caballo, y entrò en el antro sagrado, que reparando en los sagrados rastros de su santa muger, se puso á contemplarlos, diciendo con palabras tiernas: Aquí es donde mi pobre Genoveva ha padecido tanto tiempo, haciendo penitencia por un pecado que ella jamàs habia cometido. Aquel es el rincon adonde ha suspirado tanto: mas allá estaba el lecho compuesto de hojas secas, y de grama, á donde sus pobres y macilentas carnes re-

posaban. Y yo me estoy aqui, sin resolverme à una cosa que muchos dias ha debia haber executado.

Estando el Conde en esta contemplacion, entraron los otros caballeros, y quedaron admirados de ver aquel espectáculo, que parecia, mas que prodigio, milagro de la Divina Omnipotencia. Sigifredo (no permitiendo que aquel sagrado fuese nocivo al ciervo) hizo ligar los perros, permitiéndole buscar su libertad en lo áspero del monte, y no obstante que los cazadores volvieron al castillo sin presa, quedaron satisfechos y gustosos con lo que habian visto.

El Palatino, que ocultaba un designio à nadie conocido, pocos dias despues partio à Treveris para comunicarlo à San Hidulfo, prelado, como queda dicho, de aquella antiquísima ciudad, que era de hacer edificar una capilla en el mismo lugar que Genoveva tuvo por morada y dichoso destierro para que à la posteridad indicase el celo de la misericordia divina, trabajando para santificar aquella cueva, y hacerla muy dichosa. Pùsose en obra en edificio con la magnificencia igual al amor y cariño de un apasionado marido, y con la liberalidad de un Principe nada codicioso ni avaro.

Consagró San Hidulfo la capilla, dedicándola á la Virgen Santísima, imponiéndola el nombre de Nuestra Señora de Mersen, que en antiguo language de aquel país es lo mismo que decir Nuestra Señora de Misericordia, por haber sido protectora de Genoveva, y repartido tantas gracias á aquella bendita caverna.

Juzgando el Palatino que aquel lugar pudiera servir de retiro á los que dexan el mundo para servir á Dios, hizo asimismo edificar con tres hermitas, que tambien bendixo San Hidulfo, colocando en el altar mayor de la Iglesia el milagroso Crucifixo que Genoveva recibió de manos de los Angeles; y de alli á poco tiempo transportaron su cuerpo al lugar á donde fuè santificado.

Mostròse muy satisfecho el cielo de esta disposicion, que así lo diò á entender con una maravilla, que fuè que dos solos caballos transportaron el cuerpo y monumento de la Santa, que apenas cinco pares de bueyes lo pudieran mover. El concurso de gente fuè increíble, y la veneracion maravillosa: hasta las ramas de los mas encumbrados arboles parecia humillarse al cuerpo de la Santa, dándole el parabien

y bien venida: tambien mostraban su alegria los pajarillos con cantinelas dulces y sonoras, viendo otra vez á la que muchas veces habian lamentado perdida.

Despues que este sagrado depòsito fué colocado en el lugar destinado y acabada la solemnidad de la dedicacion, se retiraron todos á sus casas, y quedando el Conde solo dentro de la capilla, se puso á contemplar las maravillas del amor divino, y á un mismo tiempo el santo milagroso Crucifixo, desclavando la diestra, le echó la bendicion al Conde. De esta manera nuestro Dios recompensa las aflicciones, que muchas veces las permite por hacernos para siempre dichosos. Volvió el Conde al castillo, donde no hallaba sosiego, porque su corazon tenia puesto en su tesoro, y sus pensamientos en la santa caverca; y últimamente, pasados algunos meses, resolvió de hacer llamar á un hermano suyo, y solo en su estancia con el niño Tristan, le habló de esta manera:

Muy querido hermano: ya habreis podido reconocer muchos dias ha (por la mudanza de mis ocupaciones) el cuidado en que me hallo, obligándome el amor é inclinacion que os tengo á declararos mi

designio, y daros parte de mi resolucion, y ùltima voluntad. Vos habies llorado y lamentado mis tristezas con la ternura de hermano, y espero ahora tendreis parte en mis alegrías, como lo habeis tenido (por lo pasado) en mis pesares. Esperando que todo lo que estuviere en vuestro poder, resultará en grande satisfaccion y contento mio. Estas razones me mueven á elegiros tutor de mi hijo, que no debe esperar menos de vuestro cariño, que del de un propio padre, que por tal os ha de reconocer y respetar de aquí adelante, porque mi intencion es (hermano querido) de servir á Dios lo que me queda de vida en el mismo lugar adonde nuestra casa ha recibido tantos favores del cielo, y así os pido no estorveis este mi designio; alegando que mi complexion sea muy delicada, y que mi Tristan carezca de mi asistencia. A lo qual respondo, que mi Gonoveva no era mas robusta que yo, ni que mi asistencia haga falta á la de un buen tio. Esta es, en fin, mi resolucion, sin retardar un solo dia. Aquí hermano mio, os entrego todos mis escritos, que os servirán de buena instruccion.

Aquí fué donde el amor causò ternura,

sin atreverse á contradecir una tan santa resolucion. Solo el niño Tristan replicò á su padre, hablando así:

Señor padre: yo soy muy niño para reprobar vuestros consejos, pero soy muy viejo para seguir vuestro exemplo: vos, Señor, me dexais un poco de tierra, juzgando que con ella pueda alcanzar el cielo: harto ignorante sería yo en aceptar lo que me ofrecéis pudiendo escoger lo que deseais. No, no, Señor, yo no vivirè en otra parte que con vos, y adonde tengo hecho mi noviciado, y experiencia de tantos deleytes. Si vuestra voluntad es de vivir allá, la mia es de no querer morir en otra parte; y vos, querido tio, gozad en buena hora de los bienes de nuestra casa, que yo los cedo, y agradezco la promesa que en mi favor habeis hecho á mi padre.

Esta resolucion del niño fuè contra la opinion del padre, pero no contra sus deseos. Hízole hacer un pequeño hàbito de hermitaño, así como el que tenia reservado para él, y que heredo del que fuè su huesped, y parte de esta santa resolucion, dexando de este mundo todo lo que tenia por seguir y acompañar á su querida esposa en la caverna, adonde al punto que llegaron

todos los animales que estaban acostumbrados con el niño, vinieron luego à hacerles compañía mostrando regocijo.

Gloriosa Santa, y virtuosa Genoveva, si hallais alguna cosa que os pueda servir acá en la tierra, alargad la vista á esa bendita gruta, adonde en otros tiempos habeis gozado tantas delicias, y vereis á Sigifredo, y á vuestro hijo gozar (como herederos) de ella esperando que aunque los veias mudados de otro trage, no mudará el amor que acá en la tierra les habeis profesado, y que á esos astros mandareis los reserven de inclemencias; y á nosotros que confiamos en vuestra proteccion, rogad á nuestro Dios nos sea siempre en toda adversidad favorable y propicio.

Este es, en fin, el último periodo de la vida de nuestra santa Princesa, adonde vemos, como los rayos del divino sol, disipar las tinieblas obscuras de la calumnia, à que maliciosamente opremian los candores de la siempre inocente, y adonde los merecimientos de la paciencia son remunerados con muchos grados de gloria, esperando que mi poco trabajo lo será del favor de la Santa, para complacer á quien leyere esta obra.

OCTAVA DEL AUTOR
A LA SANTA.

GLoriosa Santa, á quien el alto
Cielo

ELigió para ser su nuevo Atlan-
te:

NOble Pimpollo, que produjo el
suelo

OPulento y ameno de Brabante:

VEnerada Princesa, cuyo zelo

ERario ha sido de virtud triun-
fante:

Volved los ojos, amparad Señora,

AEste devoto vuestro, que os im-
plora.



OCTAVA DE SAN JUAN

DE SAN JUAN

En el día de hoy, a las once de la mañana,

se celebró en esta Real Audiencia,

para ser su nuevo Arzobispo,

don Juan de Palafox y Mendoza,

que por el Rey nuestro Señor,

se le ha nombrado y es nombrado,

por el Rey nuestro Señor,

por el Rey nuestro Señor,

por el Rey nuestro Señor,

por el Rey nuestro Señor,

por el Rey nuestro Señor,

por el Rey nuestro Señor,

por el Rey nuestro Señor,

por el Rey nuestro Señor,

por el Rey nuestro Señor,

por el Rey nuestro Señor,

nos fino y consecuente, tal vez mi orgulloso caracter podria hacerme sentir los extragos de un delirio que tantas victimas inmola á su ciego desvario. Pero Castillo respira honradez, virtud, y fidelidad; y no hay objeto mas digno de respeto, amor, y estimacion que él. Su conducta irreprehensible, la opinion tan honrosa que se ha grangeado en el ejército; todo, todo sirve á mi lisonja, y ser de Castillo ó de ninguno juró mi feé.= Tu sabes que nuestro Tio aprueba este enlace, como el tuyo con Carlos; y antes de mucho, dice, seremos felices al lado de unos esposos que supieron inspirar amor y ser queridos.

Prim. ¡Pues si eso sabes, á qué las lagrimas que viertes?

Filom. ¿Nunca llorastes sin motivo?

Prim. La que llora sin él, sabrá fingirlo.

Filom. Segun eso, dias pasados me engañastes, ó fingias á la vista de Carlos.

Prim. (*Afectuosamente estrecha la mano de su hermana.*) Te oculté la verdad: lloré por tu causa y fui sufrida.

Filom. ¿Por mi causa!

Prim. Si por la tuya.= Escucha — Cinco meses ha que Carlos como pariente aunque lejano de nuestro Tio, vive en casa, y Castillo como su íntimo amigo fué alojado en su misma habitación cuando vino al regimiento. Jamas vimos la amistad divinizada en la tierra, hasta que conocimos á estos dos hombres; y mas de una vez confesamos, no sin rubor, que entre el amor y la amistad es esta preferida. Si, decíamos nosotras con frecuencia, dos amigos verdaderos forman el emblema de Dios y la naturaleza: entre los dos todo es armonia; y ella es Dios, ó Dios es nada sin ella. Del mismo modo Carlos y Castillo siempre demostraron no tener mas que una propia voluntad y un pensamiento mismo. ¡Cuan felices nos creíamos hermana en tener en dos hombres un propio marido! ¡Pero de esta felicidad cuan distantes estamos en el dia! Cual leve humo disipose la union en que vivian. Carlos

T-124778 s. 24624667



G-E 1285

